





De la serie *Muñecas*, Cecilia Mar, Escuela Nacional de Artes Plásticas

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
En la neblina / Joaquín-Armando Chacón	
El gato de Schrödinger / Gerardo Piña	14
CONCURSO 34 DE PUNTO DE PARTIDA	21
TERCERA ENTREGA	
Domingo en el parque, de William Carlos Williams (traducción) / Hugo García Manríquez	22
El presidente (cuento) / Óscar Garduño Nájera	34
Palabras dispersas (poesía) / Luis Paniagua Hernández	37
Fin (cuento breve) / Roque Azcuaga Varela	47
REPORTAJE GRÁFICO	
Muñecas / Cecilia Mar	48
EL RESEÑARIO	56
<i>El fin de la locura</i> o la destrucción consciente de los discursos paradigmáticos / Édgar Mora Bautista	

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Ignacio Solares
Coordinador de Difusión Cultural

Malena Mijares
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 121, septiembre-octubre 2003

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Santiago Igartúa Scherer
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño: Rafael Olvera
Ilustración para este número: Taller
coordinado por Santiago Ortega
Fotografía de portada: De la serie *Muñecas*,
Cecilia Mar

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

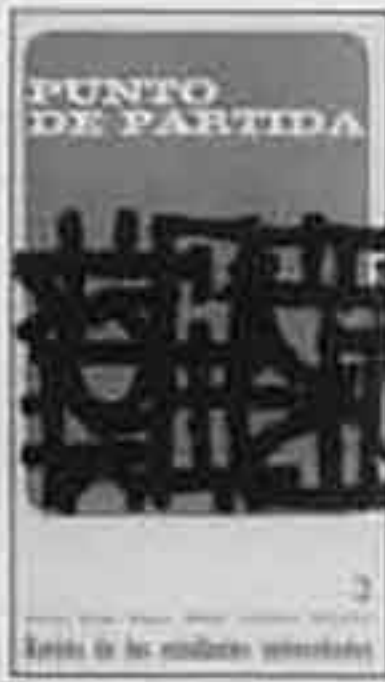
correo electrónico:

cestrada@correo.unam.mx

Del Árbol Genealógico es una sección que, por méritos propios, es ya una constante en *Punto de partida*. La iniciamos con un relato de Eugenia Revueltas, a manera de bienvenida a los jóvenes lectores en el primer número de esta sexta época, hace ya más de año y medio, y se ha mantenido gracias a la generosidad de muchos escritores reconocidos en el medio literario mexicano, quienes han obsequiado con gusto muestras de su trabajo creativo a las nuevas generaciones. Esta vez toca el turno a Joaquín-Armando Chacón, novelista que fuera editor de esta revista en su cuarta época, de 1989 a 1992, y quien hoy nos regala un fragmento de la novela en la que actualmente trabaja. *La alegría y los días*.

Presentamos también en este número tres colaboraciones por demás interesantes: la primera, “El gato de Schrödinger”, es un enigmático relato que teje, de manera sorprendente, una historia de amor y muerte basada en los planteamientos de la teoría cuántica. El autor es Gerardo Piña, estudiante de la Universidad de East Anglia, quien colabora de nueva cuenta con nosotros. La segunda es una muestra gráfica un tanto inquietante y cargada de simbolismo, la serie “Muñecas” de Cecilia Mar, quien combina en sus fotografías dosis exactas de crueldad e inocencia. La tercera es una recomendación a la lectura: “La destrucción consciente de los discursos paradigmáticos”, análisis de Édgar Mora sobre *El fin de la locura* de Jorge Volpi, autor que, en palabras de Mora, “seguirá cosechando detractores pero también lectores para su causa”.

Y a propósito de cosechas, publicamos la tercera entrega de nuestro concurso anual: una espléndida versión al español de “Sunday in the Park”, de William Carlos Williams, ganadora del premio de traducción, y tres trabajos acreedores de mención en poesía, cuento breve y cuento. Esperamos que este reconocimiento sea un estímulo para nuestros lectores, una invitación a participar en el concurso literario y gráfico de *Punto de partida*, que este año abre su convocatoria número 35, publicada en las páginas finales de esta edición. ●



En la neblina

Joaquín-Armando Chacón

...cerré la puerta donde estudiamos, el pasillo estaba vacío, mi taller era el único que laboraba hasta tarde, bajé las escaleras, todo el edificio estaba en silencio, abrí la puerta de la calle y le puse cerrojo después de salir con la llave que Rafael López me había dado y me encontré con la neblina. Intenta verme allí, rodeado de una intangible e informe envoltura tan volátil como espesa, si es que acaso me logro explicar, y siempre en el centro de ella, con lo cual no podía mirar un carajo, nada, sólo la enredadera imposible de la neblina. Así que, ¿dónde estaba el camino a mi casa? Tan desorientado no soy, así pues enfilé hacia la derecha para rodear el edificio, y de allí tenía que bajar para encaminarme por el sendero asfaltado hacia donde llegaría al camino por el cual circula el bus de la universidad, pero no veía nada, apenas mis zapatos al dar los pasos. Y allí voy, como un ciego en una ciudad desconocida y sin perro guía. Frente a mí, únicamente esa muralla de pañuelos blancos envolviéndome. De vez en cuando escuchaba el motor de un automóvil, alejándose, y después sólo el murmullo de la niebla, pues te aseguro que era tan espesa y por lo tanto al deslizarse producía algo así como un suspiro. Unos pasos más adelante y ya había perdido el sendero, estaba en uno de los jardines, a punto de golpearme contra un árbol. Y seguí cuesta abajo, pues abajo, allá lejos, allá al principio de la montaña estaba mi casa. ¿Qué te parece: un kilómetro o kilómetro y medio allá abajo, o quizá dos? Y, además, viejo conejo, si no encontraba un bus tendría que recorrer la distancia caminando, paso a pasito entre la niebla, imagínate, como Roald Engebereth Gravning Admunsen en los últimos tres kilómetros para llegar al centro mismo del Polo Sur. Y allí voy, cuesta abajo, pisando el pasto resbaloso, las manos al frente por si se me enfrentaba otro árbol deseando golpearme también, y recordando lo que me dijeron de los pumas desorientados en busca de alimento. Allí sigo bajando, sintiendo la dulce caricia de la neblina en el rostro, soportando el frío, soportándolo estoicamente, y una vez más reconociendo el miedo. Pero nada se movía a mi alrededor, como si sólo existiéramos la neblina y yo avanzando en direcciones opuestas. Así llegué a mi primera meta, el camino del bus, porque tenía que ser el camino del bus. Es agotador caminar en contra de la neblina, y sobre todo ésa de esa noche, cada vez más compacta. Llegué allí como el último corredor del maratón en la Olimpiada de Tokio, y me desplomé en la banca de la parada del bus. Según

Este texto es un fragmento de la novela *La alegría y los días*®, en preparación.

Grabados de José Pool, ENAP





mi recuerdo, unos cuantos metros (¿kilómetros?) más abajo estaba la desviación hacia el estacionamiento de los buses frente al Bay Tree Bookstore, o podía cortar, posiblemente, caminando otra vez por el jardín atrás de mí, arriesgándome al declive del terreno, o esperar allí al salvador bus. Esperé. Miré cómo pasaba la neblina. Y miré cómo pasaba la neblina. ¿Qué amo yo en este momento, yo, el sorprendente extranjero? Amo la neblina, la neblina que pasa, aquí, a mi lado, la maravillosa neblina. Y miré pasar la neblina, me dejé envolver por ella. Estaba empapado. Sonreí. Y miré pasar la neblina.

Una luz amarillenta hizo estragos en la maravillosa neblina, el ruido de un motor irrumpió en su suave música.

Risas de muchachas.

Voces de mujeres.

El canto de las sirenas.

La luz pasó, el ruido se alejaba, el sonido de las voces disminuyó. La neblina formó remolinos y figuras extrañas. Allá abajo el ronroneo del motor de un automóvil detenido siguió ronroneando. Escuché el cambio de veloci-



dades y el ruido que produjo el automóvil en reversa. Pero en ese instante llegó una camioneta y se detuvo a mi lado, de color blanco, confundida entre la neblina desde donde una voz me dijo: "Vamos, suba, lo llevamos, es imposible caminar con este clima". Subí, claro está, al asiento posterior. Un chico manejaba y a su lado su compañera, y entre ellos pude mirar adelante, iluminado por los faros un breve instante, cómo el automóvil anterior volvía a emprender la marcha, escuchamos las risas de las mujeres, luego nada, otra vez el manto de la neblina.

"Es una noche difícil", dijo la voz femenina en el asiento de adelante, sin dirigirse a nadie. Les di las gracias por el aventón, pero ni el chico ni la chica dijeron nada. Sólo podía mirar la parte posterior de sus cabezas, pues ellos no se dieron vuelta hacia mí, el cabello oscuro y largo de los dos, pero el de ella sujetado atrás en lo que llamamos "cola de caballo", y podía mirar el cristal delantero de la camioneta y la neblina, sólo eso, Ernesto, no se veía nada más, la neblina adelante. "Sí, es una noche terrible y la neblina está muy espesa, no se ve nada", les dije, "cómo pueden manejar así".



“Conocemos el camino”, dijo ella sin moverse, la vista al frente. Así que miraba sus cabellos y miraba la neblina. Descendíamos en silencio, sin sentir el movimiento. Y luego la camioneta se detuvo. “Aquí está ya”, dijo la chica, “pero esto has de hacer, que en verdad no parece ser necio: esfuerzate y sigue por el corredor hasta dar con tu casa, no te desvíes”. Dije gracias y bajé. Realmente la neblina era espesa, como en bloques, pues ya de pie, abajo, intenté mirar hacia mis salvadores, pero la neblina me lo impedía, avanzaba lentamente entre los cristales de la camioneta y yo. Imagínate una fotografía muy clara, demasiado expuesta y muy amplificada, donde únicamente se puede ver una mínima porción de una nariz, de una ceja, de un ojo, y sólo por un brevísimo instante pues en cuanto crees haber visto eso la imagen ya ha cambiado, una porción de una oreja, la línea de un labio, el manchón oscuro de unos cabellos y luego ya no, sino otras ventanas por donde van desapareciendo las imágenes. Y la voz de la chica (no sé por qué pensé en un sonido de gaviota) como filtrándose por esas hendiduras que descuidaba la neblina: “Cuídate, no salgas solo de

noche. Ten cuidado. El porcentaje de esta universidad es de un ochenta por ciento de mujeres contra un veinte por ciento de hombres, de estos últimos más o menos la mitad son gays o bisexuales, y aunque hay también como un treinta por ciento de bisexualidad en las mujeres y además un quince de ellas totalmente salidas del clóset, queda un buen porcentaje de chicas en uso, digamos normal, si es que acaso existe la normalidad, de su sexualidad, una gran cantidad de ellas viven largos periodos de abstinencia y soledad, por lo que en noches como ésta, sin luna, frías, se reúnen con otras en igual condición y salen a los caminos en busca de algún imbécil como tú con el fin de, por medio de una sonrisa absurda, atraparlo en sus redes y después violarlo tumultuariamente. No creas que es en modo alguno agradable. Ya después escucharás los detalles que no me es dado ofrecerte, pero no es en absoluto placentero: lastima, agota y avergüenza. Así que ten cuidado”. Así me dijo y luego quedó solamente la niebla en el viaje de todas las noches. Caminé por mi sendero, tratando de unir los fragmentos observados en las posibilidades por los huecos viajantes con el propósito de reconstruir la imagen de esa chica, pero me fue imposible. En la puerta de mi casa saludé a Yolanda, después me cambié de ropa, poniéndome el pijama con adornos de los cuentos de Grimm en su versión para adultos, me serví un whisky y me tumbé en la cama. Creo que adentro hacía más frío que allá afuera y junto a la neblina.



Esa noche soñé con la voz de esa chica, y en el sueño pude reconstruir todos los fragmentos de su rostro en un perfecto rompecabezas. Era bella, y su voz, sin proponérselo, cantaba al decirme que ella “en realidad no tenía nada contra la bisexualidad, en otras épocas era considerada como un rasgo de total libertad del cuerpo y el espíritu, y por supuesto no era una enfermedad sino una elección, así que tampoco me importa que tu elección haya sido el inclinarte por las mujeres hermosas y además inteligentes, pues estoy de acuerdo contigo: sólo la belleza es bella, la fealdad daña a los ojos de quien mira y la tontería es una fragilidad deleznable”. ●

Joaquín-Armando Chacón (ciudad de Chihuahua), es fundamentalmente novelista, aunque también ha incursionado en el teatro y la poesía. Ha publicado *Los largos días*, *Las amarras terrestres* (Premio Magda Donato, 1983), *El recuento de los daños* (Primer Premio Internacional Diana-Novedades, 1987), *La casa en la calle de Tolstoi* (novela breve) y *Ernest Hemingway*. Ha sido escritor invitado en la Universidad de California, donde ofreció un curso sobre su propia obra. De 1989 a 1992 fue jefe del Departamento de Publicaciones de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM y editor de la revista *Punto de partida*.

El gato de Schrödinger

Gerardo Piña

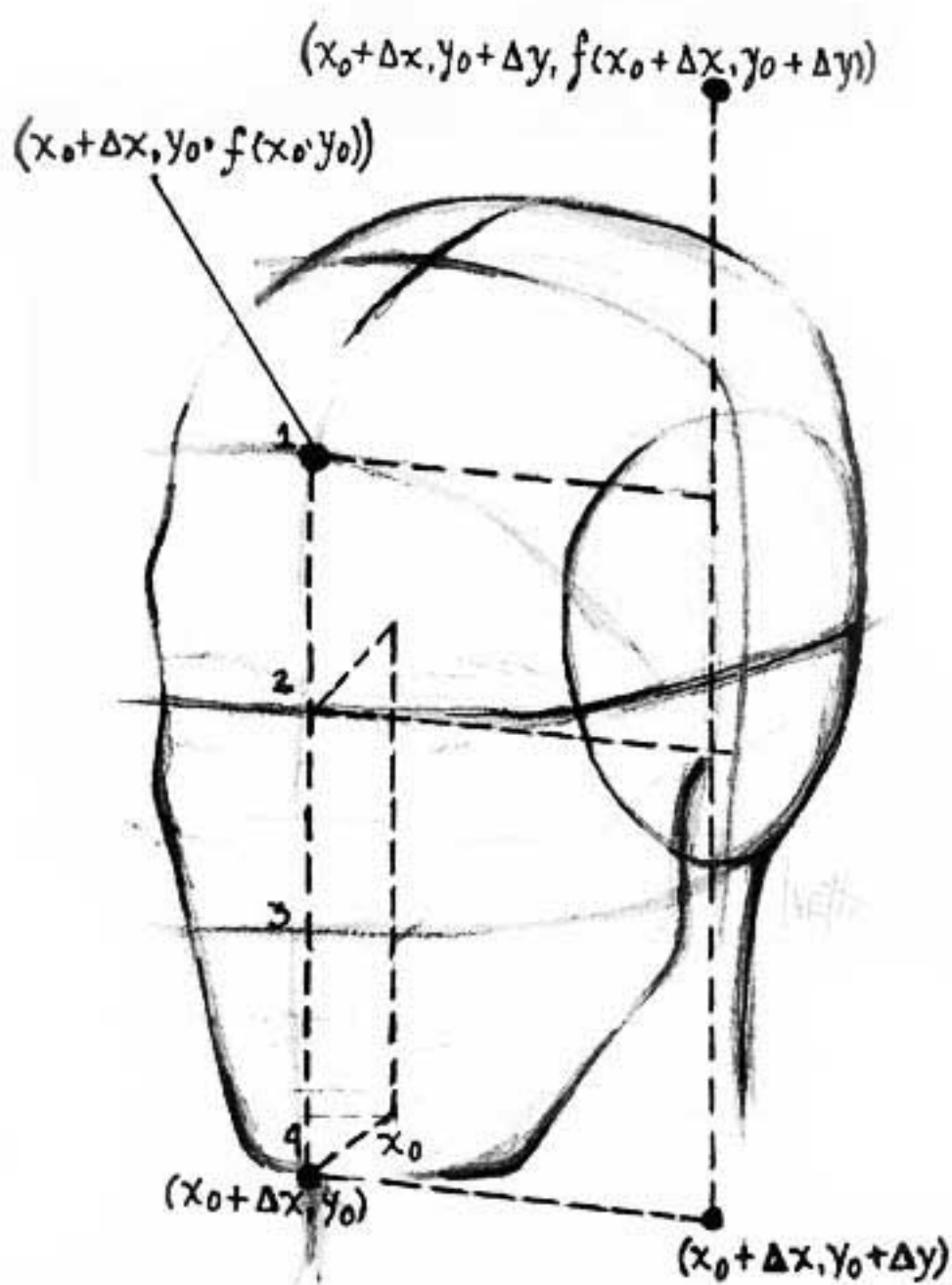
UNIVERSIDAD DE EAST ANGLIA, NORWICH, INGLATERRA

Supe que Vinicio Irigoyen había muerto porque él mismo me lo dijo. El encuentro no había sido del todo casual, ya que ambos asistimos a la presentación del último libro de Suárez. Al diez para las once decidí irme a mi casa y en el umbral de la puerta él me detuvo para preguntarme si podía ir a su casa a tomar una copa porque tenía algo muy im-

portante que decirme. Primero me negué. Él era el único nexo que yo tenía con el recuerdo de Alejandra. Me bastó mirarlo para sentirla cerca, para encenderme los huesos y la sangre. Finalmente acepté porque al ir con él, algo de ella estaría conmigo (el dolor más antiguo es el que más atrae).

Llegamos a su casa en la calle Santiago. Me mostró la sala, el jardín y la biblioteca. La casa era distinta a la anterior; ésta era enorme, silenciosa, inútil. Habían pasado diez años desde la muerte de Alejandra y su esposo no había cambiado. Tal vez estaba un poco más gordo que antes, pero conservaba ese aire distraído. Me seguía pareciendo el mismo profesor egoísta que conocí en el Instituto de Ciencias Exactas cuando ingresé al equipo de investigación que él dirigía; no dejaba de pensar en sus fórmulas y ecuaciones, aparentaba ser un hombre íntegro, dedicado, tan lleno de reconocimientos por trabajos fútiles y colaboraciones de cuestionable calidad. Cuando el matrimonio Irigoyen aparecía, él intentaba (en vano) demostrar que amaba a su esposa, que era lo más importante para él. De hecho, precisamente esa noche, Alejandra cumplía diez años de muerta. ¿Cómo era posible que Vinicio estuviera tan tranquilo, que no la recordara en mi presencia?, ¿pudor? Era para morir. No la mencionó una sola vez en aquella velada. Es verdad que yo tampoco, pero lo mío es distinto. Ellos eran un matrimonio, en cambio nosotros...

Me quedé un momento solo en la biblioteca. Cuando Vinicio regresó, me pidió que eligiera el vino que gustara de la pequeña cava. Tomé la primera botella de tinto que alcancé (curiosamente era un Thierry



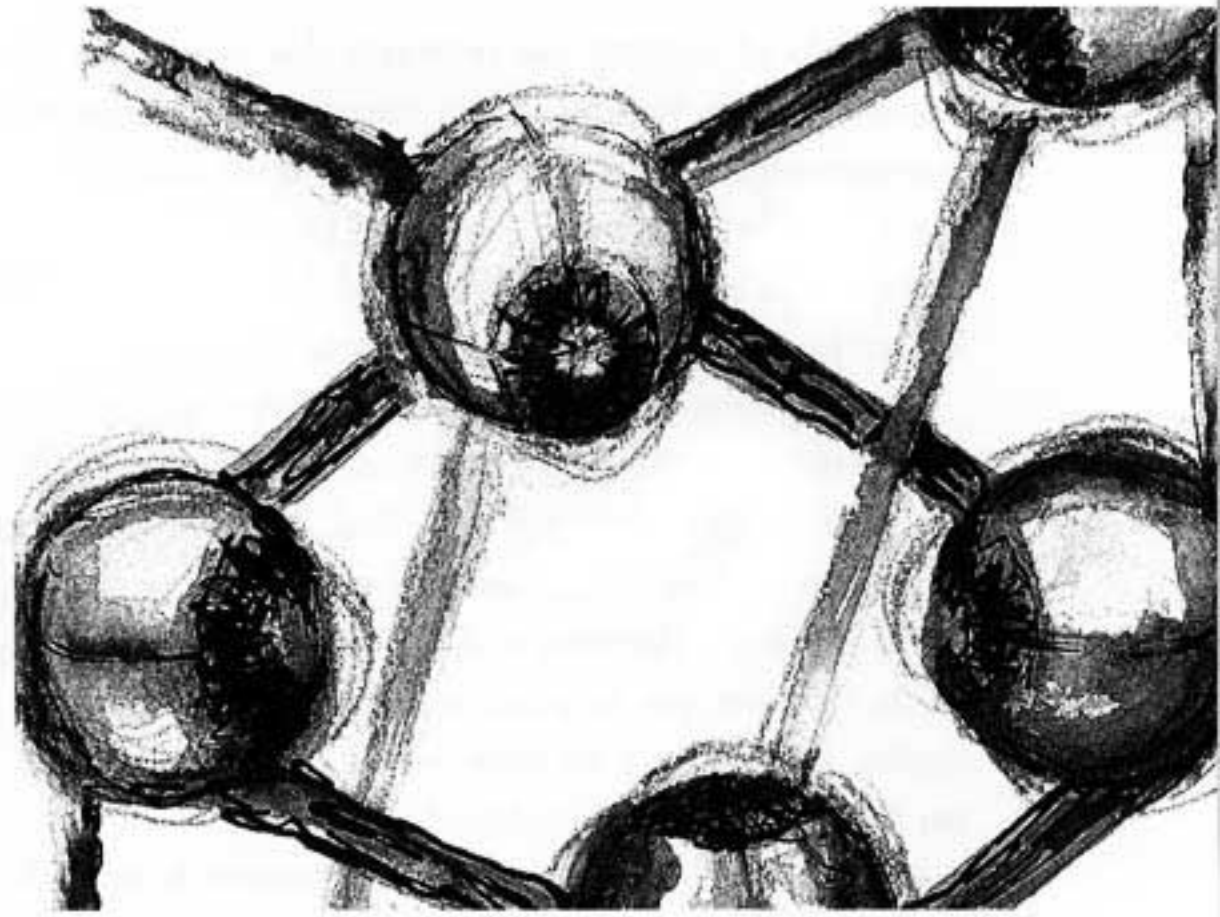
Dibujos de Paula Ivette Ávila, ENAP

Bordeaux 1890. Debía costar una pequeña fortuna porque percibí una ligera señal de disgusto en el rostro de mi anfitrión) y comenté que era notable su gusto por la literatura decimonónica, no vi un solo libro que no lo fuera.

—No sé de qué está hablando —respondió sin mucha atención. Siéntese —agregó señalando el sofá. Me siento exhausto, estimado Gerardo. Son ya varios años, diez años desde que... bueno, usted sabe —hizo una breve pausa. Diez años desde que me he dedicado con todo mi empeño al proyecto del *continuum* de Cantor. A deshilvanar algunos hilos. En esta época de tanta superchería, religión y las llamadas ciencias ocultas es difícil hacer verdadera ciencia.

Descorchó el vino y lo dejó respirar sobre la mesa. Le hablé de Suárez, de su libro. El argumento era magnífico; la prosa, limpia, sorprendente. Irigoyen elogió con amplitud el texto y agregó que lo mejor era el final, es decir, lo que él pensaba que debía ser el final. Creí que mentía porque nadie había acabado de leerlo: ni Ana Morales, ni Ferrer ni yo —que fuimos los presentadores— lo hicimos. Estábamos consternados porque el volumen tenía apenas noventa y nueve páginas y era interminable. Los tres lo recibimos con meses de anticipación (no sabía que él también tenía un ejemplar). Se lo dije y él me aseguró que casi había terminado de leerlo, que le faltaba arreglar un detalle para completar su lectura. Pensé que era por eso que quería hablar conmigo. Había algo de cierto.

En la estancia había un enorme ventanal. Mientras miraba el pasto, los arbustos simétricos, las



anchas escaleras del patio, la duela, el lino, la caoba y el cristal, pensaba en ella, en Alejandra Irigoyen. A ella no le habría gustado una casa como ésta.

—En este tiempo —dijo— no he logrado encontrar mucho progreso en mi trabajo y casi ningún aliciente. A pesar de ello, como ya le he dicho, una de mis más grandes satisfacciones ha sido, sin duda, el libro de Suárez: haberlo leído, haberlo descifrado por llamarle de algún modo, me ha entusiasmado. Supongo —agregó en un tono que me pareció bastante irónico— que ninguno de ustedes lo ha terminado de... leer (y al decir esto me baso en los comentarios que ustedes realizaron en la presentación de esta noche). ¿O me equivoco?

No podía mentir. Argumenté algo acerca de nuestras ocupaciones, de la premura.

—Hace unos momentos —continuó— mencionó usted que el libro era infinito (es usted joven, pero no inocente, no ponga esa cara). Y no es que el texto no termine, lo que ocurre es que va cambiando. Sé que este tema no goza de su completo favor, pero habré de pedirle que me escuche y que tenga la bondad de servir el vino.

Cuando me incorporé para hacerlo, los ojos de un óleo de Alejandra (un cuadro que no conocía y que hasta ahora no sé cómo pudo pasarme desa-

percibido al entrar) me miraron. La vi apenas un instante, pero Vinicio se dio cuenta de que ella me correspondía. Sentí que nos clavaba su mirada en un signo de reproche. ¿Celos? ¿Después de tanto tiempo? Al sentarme nuevamente frente a él fingió haber estado buscando las palabras adecuadas.

Vulgarmente —me dijo— el infinito es asociado con el movimiento perpetuo. Cuando usted escucha esa palabra piensa en continuidad, pero no hay una sola cosa que no tenga fin. Por ejemplo, lo esencial de la cinta de Moebius o del círculo no es un incesante devenir que la gente encuentra no sé por qué razón. Lo que hay en ellos es un momento eterno; un instante sin temporalidad.

Irigoyen me dijo que cuando se sigue la trayectoria del círculo se llega al punto de origen. Lo que hay ahí es continuidad, repetición de espacios similares, pero el verdadero infinito se encuentra en la variación y en el tiempo detenido.

—Usted —me dijo— ¿nunca se ha preguntado por qué un juego de ajedrez nunca se repite? ¿Cómo puede haber infinidad —y aquí su voz marcó un acento— en un juego cuyas piezas y casillas son perfectamente cuantificables? Si a partir de la segunda o tercera jugada se puede analizar cuál es la mejor respuesta en cada caso, bastarían unos cuantos meses para determinarlas todas y entonces ya nadie podría volver a jugar sin repetir invariablemente la mejor partida, la única partida. Mucha gente

lo ha intentado. Sin embargo las posibilidades en ajedrez son inabarcables. El juego nace y muere eternamente en las variaciones, no es que no tenga fin.

Esa última frase trajo de golpe la imagen de Alejandra frente a mí; detenida, con su belleza fija, inaudita. La recordé paseando conmigo en la calle y en el puerto; la quise viva; la pensé desnuda en la sala, en el jardín, en la cama de aquella casa en la que nunca antes había estado. La vi (y me vi con ella en ese momento) toda la vida.

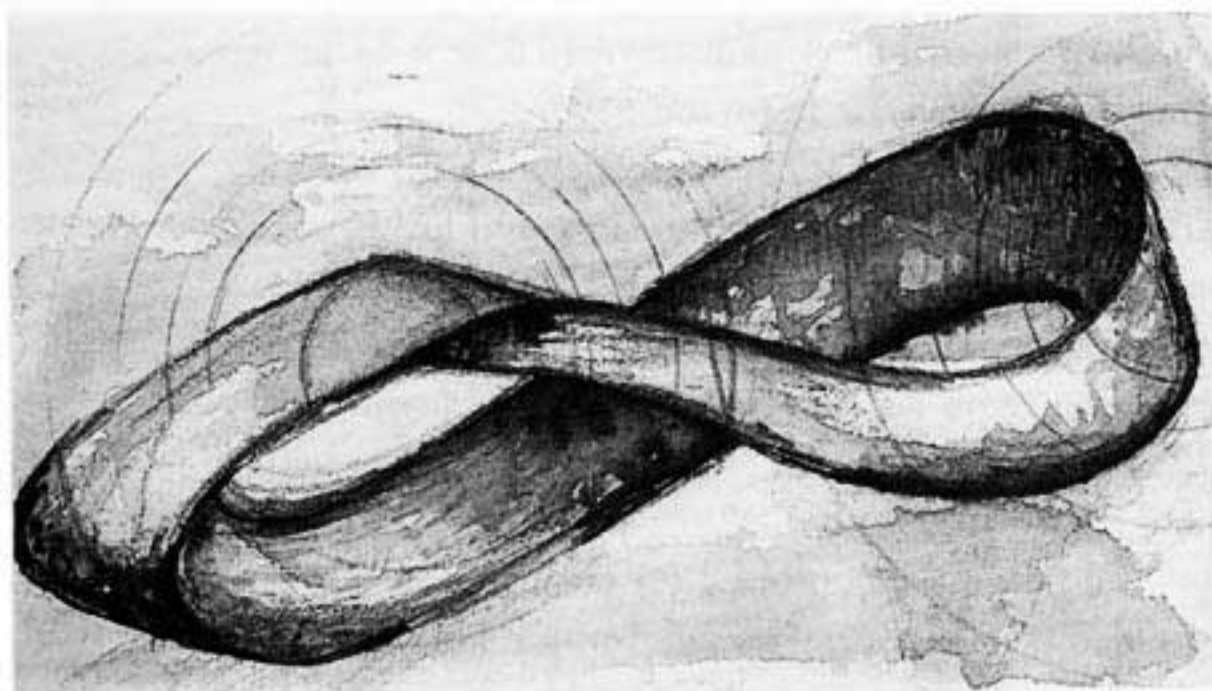
—El infinito —continuó mientras buscaba una hoja en blanco de un cuaderno— se halla justo en aquello que parece lo más determinado. Por ejemplo, en una recta de diez centímetros. Trazamos dicha recta y una línea perpendicular entre el cero y el diez, así, en el número cinco; otra entre el cero y el cinco, exactamente a la mitad; otra entre el cero y el dos y medio donde está el uno punto veinticinco, luego otra en el punto seiscientos veinticinco, etcétera. Aun si contara con un lápiz lo suficientemente delgado, nunca podría terminar de dividir la recta (de escasos diez centímetros). ¿Se da cuenta? Nunca lograría pasar del milímetro uno al dos registrando todas las medidas intermedias posibles. Siempre habrá una cifra que fragmentar entre el cero y el primer milímetro.

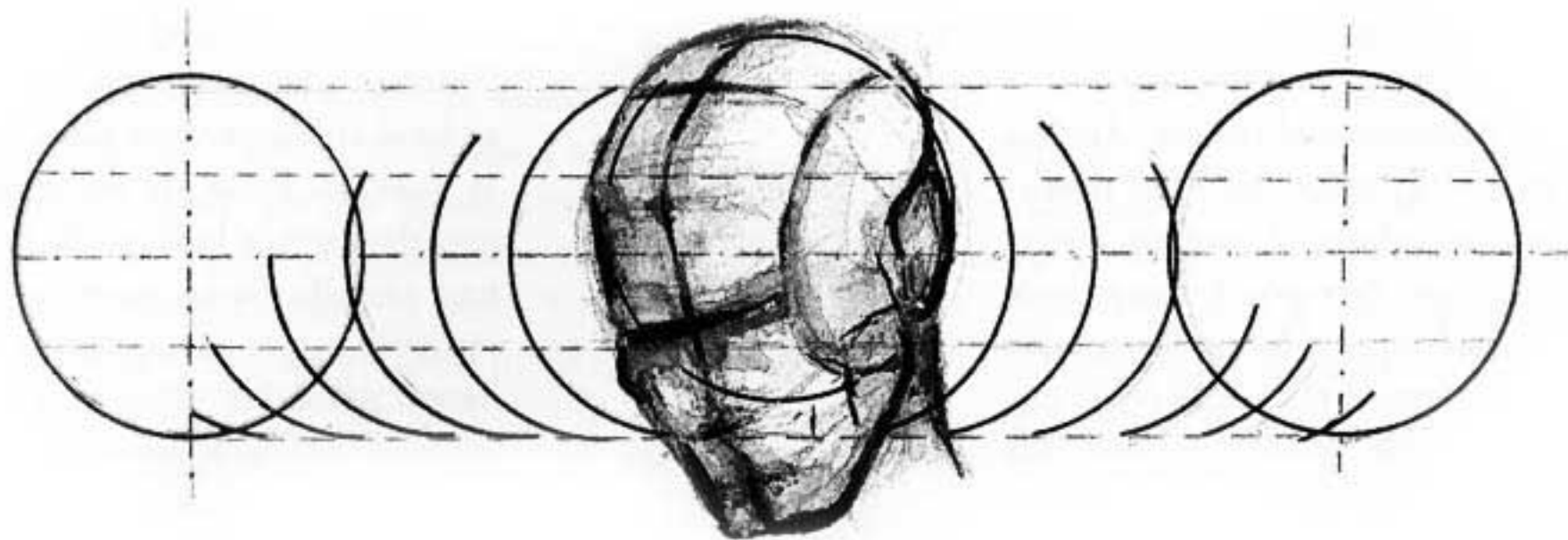
—Algo más —agregó—, aunque usted lo lograra, aunque trascendiera el primer milímetro, el espacio apenas atravesado habría cambiado. Usted, Gerardo —dijo arrojando el cuaderno al otro sofá—, no ha acabado de leer el libro de Suárez precisamente porque ha seguido leyendo. Lo ha traicionado de alguna manera y toda traición tiene un precio, tarde o temprano. ¿no cree? —preguntó como si quisiera intimidarme. En este caso el precio es la incomprensión, la imposibilidad de terminar la lectura. Hay que detenerse en el tercer capítulo que es donde el relato termina o al menos donde anuncia el final. Lo estático es lo que produce el avance.

Pensé que eso no tenía sentido, pero la terrible calma y certeza con que hablaba me inquietaron.

—¿Por qué lo estático? —pregunté.

—Porque en lo estático (la recta que acabo de mostrarle, una palabra, la impresión del texto en el





papel) el movimiento está latente, en potencia. Entre una palabra y otra se abre un abismo. Éste invita a la caída, seduce. ¿Nunca se ha sentido atraído con tal fuerza por algo, por alguien? Piense en las páginas del libro de Suárez como si fueran números. Piense en el texto todo como una línea, una trayectoria perfectamente delimitada, donde imágenes idénticas se distancian entre sí como en la paradoja EPR.

—¿La paradoja de Einstein, Podolsky y Rosen? —pregunté.

—Exactamente. Si dos partículas idénticas viajan en sentidos contrarios a velocidades iguales, es posible al cabo de un rato conocer el estado de una determinando el de la otra, aunque aquélla no haya sido observada. Conocer una es conocer la otra, ¿no es increíble? Algo más —su muletilla tampoco había cambiado—, la situación de la partícula no observada dependerá de cómo se mida la primera. Medir una es alterar la otra.

No comprendía muy bien a dónde quería llegar Irigoyen. Era cierto que la lectura cabal del libro de Suárez no la habíamos hecho, pero no era porque el libro no tuviera fin, era simplemente porque se tornaba incomprensible y había que regresar constantemente a las páginas anteriores. Pero atribuir eso a las leyes de la mecánica cuántica era un exceso. La paradoja EPR, al igual que otras, no había sido plenamente aceptada por la comunidad científica. Varias ideas derivadas de la teoría de la relatividad

nunca terminaron por convencerme. Quería contemplar un poco más el cuadro de Alejandra, terminar la copa de vino y partir de ahí lo más pronto posible. Al igual que cada año, quería ir a mi casa para releer sus cartas, para estar a solas con ella. Ésa era la forma en que yo la recordaba. Además, esa noche había planeado hacer algo especial. Supe que no debía haber ido, pero no podía marcharme tan rápido. Él me había invitado a su casa. Yo no tenía por qué soportar sus impertinencias ni sus insultos velados, no me interesaba quedar bien con él. Tampoco quería alterarme innecesariamente. Decidí seguirle el juego a mi anfitrión un poco más. Siempre he sido un hombre educado y con la suficiente inteligencia y sangre fría para ocultar lo que verdaderamente ocurre.

—¿Está sugiriendo que al acabar de leer un capítulo, éste ya ha cambiado?— le pregunté fingiendo interés.

—Desde luego que no. Al acabar de leer un capítulo, como si fuera una de las partículas del ejemplo anterior, lo que se altera es el resultado de su contraparte, de la partícula que va en sentido contrario. Cada capítulo tiene correspondencia directa con otro. El primero con el tercero, el segundo con el sexto, el tercero con el noveno, etcétera. Cuando usted ya leyó el segundo, el capítulo que ha cambiado es el sexto.

El pobre Irigoyen estaba loco. Tal vez la muerte de Alejandra le había afectado más de lo que creí.

—No me mire de esa forma, Gerardo —me dijo sonriendo. La alteración, desde luego, no se produce físicamente, sino que usted debe hacerla de manera abstracta. Analiza uno de los capítulos, hace las operaciones adecuadas y el capítulo con el que mantiene correspondencia se hace comprensible para el lector. Espero que ahora comprenda el porqué de mi entusiasmo. Tardé bastante en descifrar esto. Al principio pensé que se trataba de una simple novela que experimentaba con algún juego formal, pero después de unos días, al no poder avanzar con la lectura, me di cuenta de que en esa historia había un verdadero reto. Mientras más comprendía el funcionamiento del texto, más sorpresas y conexiones iba encontrando hasta... —su semblante cambió de súbito— hasta comprender el final, el final del héroe y de la historia.

—¿Y en qué termina el libro, si se puede saber? —pregunté.

—En una muerte.

—¿La muerte de quién?

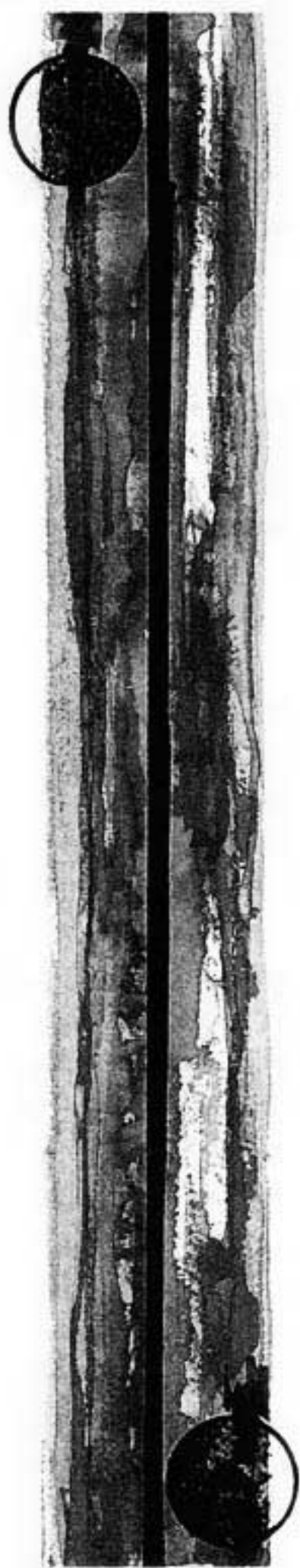
—Del lector —respondió y hubo otro silencio. Las variaciones del relato terminan cuando el héroe, el lector, se vence a sí mismo o es eliminado por su contraparte. Algo más, Gerardo —dijo. Y es que el héroe quedó (yo he quedado) atrapado en la última de las variaciones desencadenadas. Estoy aquí conversando con usted y también estoy dando vuelta a la página noventa y nueve del libro de nuestro querido Suárez. Leyéndolo con asombro. Parecería que en esa novela me hubieran mostrado la historia que viví: los primeros temas científicos que cambiaron mi vida, mis años de estudiante, el arte, las mujeres (especialmente una, la

que más he querido), los amigos, la vejez y la traición como le he dicho. Salvo el final, que yo no conocía, podría decirse que Suárez se basó en mi persona para construir la vida del héroe de su obra. Comprenderá que a lo largo de la lectura han surgido dudas para las que no encuentro una respuesta favorable. Tengo pocas hipótesis, pero quisiera cerciorarme de algunas de ellas. No me gustaría permanecer leyendo ese espléndido texto indefinidamente ni tampoco quedarme con mi sola interpretación. Hay cosas que pueden tardar varios años en descubrirse, pero nunca es tarde para un científico, ¿no le parece? Y una vez descubiertas hay que tomar cartas en el asunto; compartirlas con nuestros colegas, con los interesados. Me parece que está pálido. Debo estarle aburriendo.

Era insoportable. Comencé a hartarme de Irigoyen y de Suárez. Me levanté para buscar un refugio en el cuadro de Alejandra y cuando estaba a punto de atravesar la sala sentí un extraño mareo.

—¿Se encuentra bien? ¿Qué le ha parecido el vino, Gerardo? —preguntó. Iba a responderle cuando supe por su rostro que había querido decir algo más en esas palabras. El mareo fue en aumento, de pronto tenía mucho calor y me encontraba agobiado. ¡El vino, debía ser el vino! Miraba alternadamente el rostro de Vinicio y el de Alejandra Irigoyen. Sentí que el cuerpo me pesaba. Crucé la sala, pero tropecé con algo y caí. Vinicio me miraba fijamente, sonriendo.

—Veo que ya se va. ¿No tiene curiosidad de saber por qué le he referido estas cosas?, ¿por qué le he pedido que viniera precisamente hoy?



Me incorporé y traté de salir. Podía ver los ojos de Alejandra en todas partes. Encontré lo que yo creí la salida, pero era la puerta de la cocina.

Le he llamado —dijo acercándose a mí en tono amenazante—, para que me ayude a terminar de leer el libro, por decirlo de algún modo. Recuerde el final. Recuerde cómo termina el héroe. Necesito una opinión sobre mis conjeturas y quién mejor que usted para hacerlo.

Me esforcé por abrir la puerta, pero estaba atorada.

—¿Sabe usted qué fue lo más sorprendente del texto de Suárez? —continuó. Su sentido premonitorio. La clave del final está desde el comienzo, pero nadie lo notó. Debió ayudarme el hecho de sentirme profundamente identificado con el personaje del libro. Acabo de decirle que me he quedado atrapado en cierto momento de la lectura. Bien, pues es justo cuando el héroe es asesinado. ¡Increíblemente asesinado por...!

No escuché el final de la frase, creo que me desmayé. Poco después, entre sueños, oí a Irigoyen hablar sobre la muerte. ¡Sobre su propia muerte! Dijo que la repetición del filo rompiendo la carne y las entrañas daba una sensación de calor inmenso, sofocante. Que por la mente, en un segundo, no vio pasar su vida entera fragmentada; no vio una luz ni sintió paz. Irigoyen encontró su mirada en los ojos del asesino, reconoció tres veces en el brazo del enemigo su propio brazo que empuñaba la daga y la hundía, reconoció también el olor a sangre, colocó las manos en el vientre, presionó con fuerza en las heridas (abriéndolas, cerrándolas) y cayó de frente. Había en su rostro un gesto que era a un tiempo traición y alivio mientras lo contaba. Dijo que estaba mirando cómo él mismo teñía de sangre el agua del grifo cuando algo como una pantera interminable le cerró los ojos.

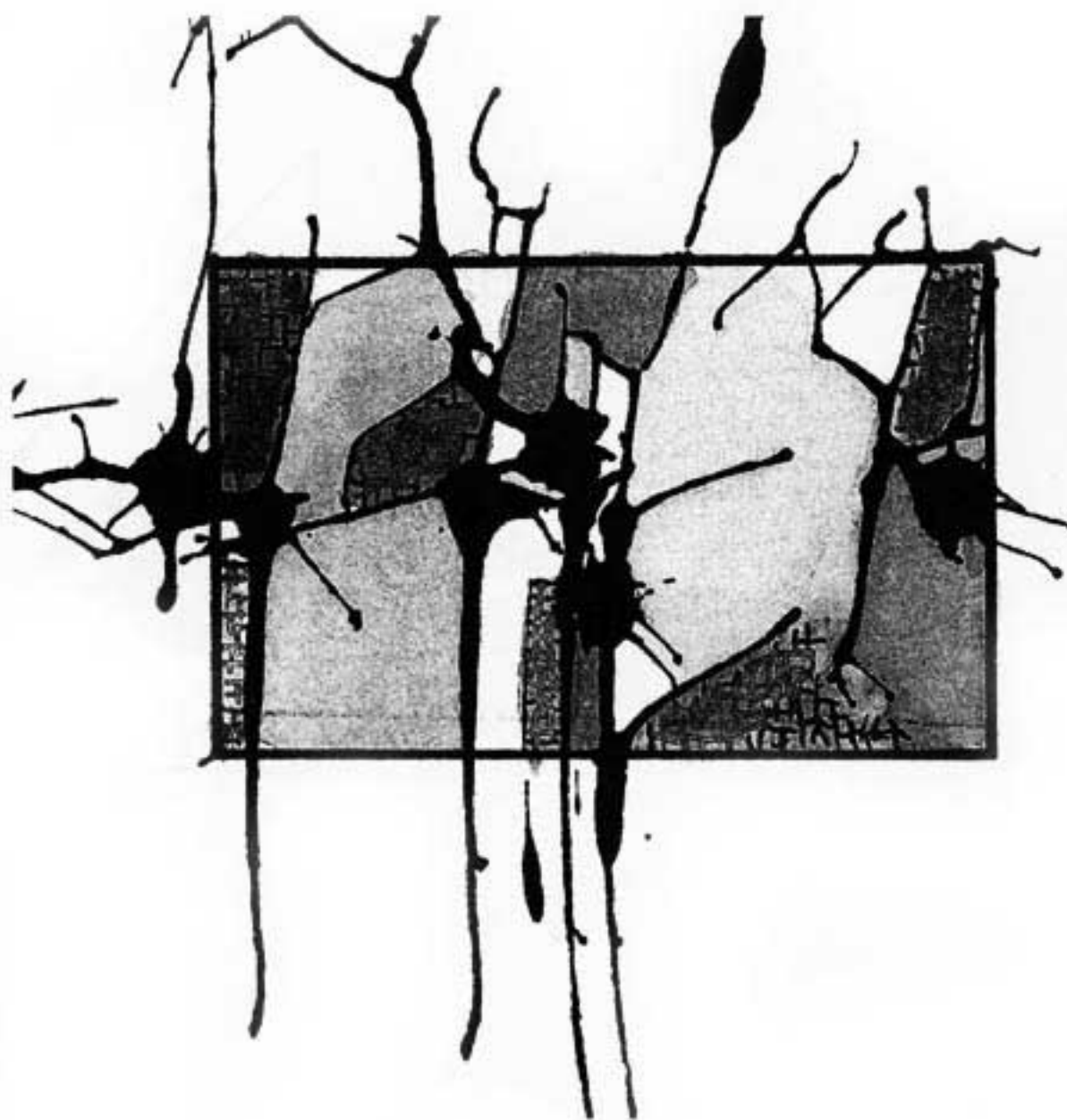
Al día siguiente, Irigoyen volvió a su casa como a las seis, subió a darse un baño y a cambiarse de ropa porque asistiría a la presentación del libro de Suárez. Al entrar en la cocina por un vaso con agua tropezó con su propio cadáver. Se quedó inmóvil por unos segundos, recordó todo y, aterrorizado, salió de su casa

buscando un policía o alguien a quién pedirle ayuda. Mientras pensaba cómo iba a referir lo sucedido se dio cuenta de lo inverosímil que aquello parecía. Caminó durante más de dos horas hasta que llegó al salón. Fue ahí donde me encontró.

—Sé que no ha de creerme —dijo cuando vio que yo me recuperaba. Por eso es que le pido (le suplico) que entre a la cocina y lo compruebe.

Al decir esto empujó la puerta que cedió sin dificultad. Me volví al interior y avancé a gatas. Cuando entré en la cocina supe que se trataba de una trampa. La puerta se cerró y escuché a Vinicio alejarse rápidamente, encender el coche. Al mismo tiempo pude contemplar su cadáver que yacía en el piso con el vientre ensangrentado; a su lado estaba un baúl que contenía fotografías y ropa de Alejandra Irigoyen.

Ahora estoy encerrado en prisión. Nadie aquí cree lo que digo. Me han quitado el libro de Suárez; dicen que me volví loco de tanto leerlo. ●



**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



PUNTO  DE

PARTIDA

Punto



punto 
DE PARTIDA



Concurso 34

Tercera entrega

Domingo en el parque (fragmento), de William Carlos Williams /

Premio de traducción

Hugo García Manríquez, Lengua y Literaturas Hispánicas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Mónica Mansour y Flora Botton

El presidente / Mención en cuento

Óscar Garduño Nájera, Lengua y Literaturas Hispánicas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Angelina Muñiz-Huberman, Federico Patán y Mauricio Molina

Palabras dispersas / Mención en poesía

Luis Paniagua Hernández, Arquitectura

Facultad de Arquitectura, UNAM

Jurado: Francisco Martínez Negrete y Eduardo Uribe

Fin / Mención en cuento breve

Roque Azcuaga Varela, Realización Cinematográfica

Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, UNAM

Jurado: Armando Pereira y José Vicente Anaya

Domingo en el parque (fragmento)

Hugo García Manríquez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Título original: "Sunday in the Park"

Poema tomado de *Paterson*, Libro II, de William Carlos Williams,
editado por New Directions, Nueva York, 1992. 312 pp.

I

Afuera

afuera de mí

hay un mundo,

gritó, sometido a mis incursiones

—un mundo

(para mí) tranquilo,

al que me acerco

concretamente—

La escena es el Parque

sobre la roca

femenina para la ciudad

—sobre su cuerpo Paterson dirige sus pensamientos
(concretamente)

—a fines de primavera,
¡una tarde de domingo!

—y va por el camino hacia el precipicio (contando:
la prueba)

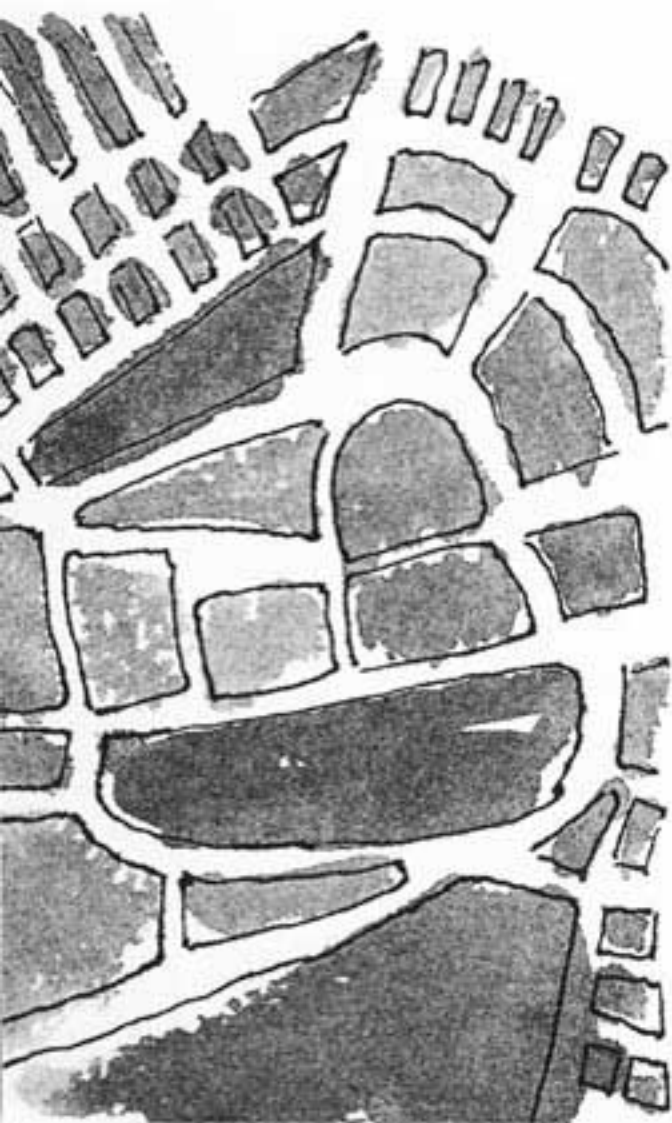
él entre los otros

—pisa las mismas rocas
en las que ellos resbalan al subir,
¡al paso de sus perros!

riendo, se llaman entre sí—

¡Espérenme!

Dibujos de Said Dokins, ENAP



. . . Las piernas feas de las muchachas,
 ¡pistones demasiado fuertes para la delicadeza!
 los brazos de los hombres, rojos, acostumbrados al calor y al frío,
 a lanzar retazos de carne y . . .

¡Yah! ¡Yah! ¡Yah! ¡Yah!

—superan

los riesgos:

¡derramándose!

¡Por la flor de un día!

¡Llegó sin aliento, tras un difícil ascenso él,
 voltea (¡hermoso pero costoso!) hacia
 las torres gris perla! Re-torna
 y comienza, posesivo, entre los árboles

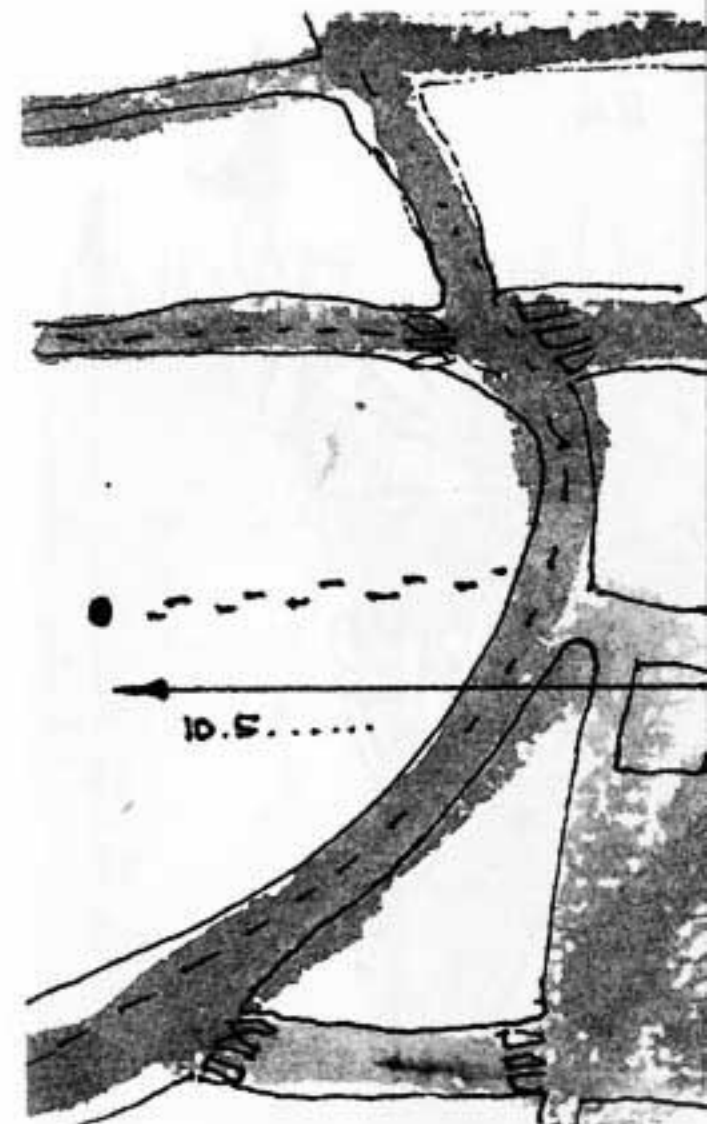
— ese amor,

que no es, no en esos términos
 en los que aún soy el positivo
 pese a todo;
 la tierra seca, —pasiva-posesiva

Caminando —

La espesura rodea grupos de pino macizo,
 casi surgidos de la roca desnuda . . .
 —una dispersión de cedros (conos afilados) del tamaño de un hombre,
 zumaque, formando astas

—casi todo es raíces, retorcidas
 en la superficie





(¡tan cerca de la ruina estamos cada día!)
buscando lo podrido, seco como yesca

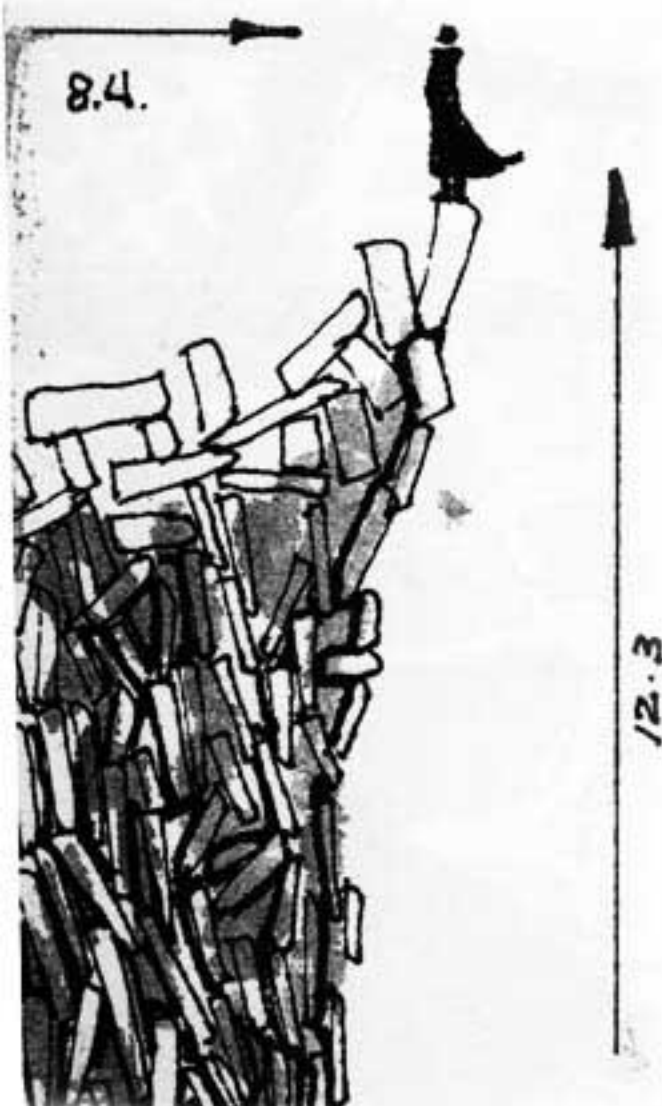
Caminando —

El cuerpo se inclina ligeramente hacia adelante desde la posición básica de estar erguido y el peso se echa sobre el dedo gordo del pie, mientras que el otro muslo se alza y la pierna y el brazo opuesto se balancean hacia adelante (fig. 6B) Varios músculos, ayudados

A pesar de que dije que nunca te escribiría otra vez, lo hago ahora porque encontré, con el paso del tiempo, que el resultado de mi fracaso contigo ha sido el bloqueo total de todas mis capacidades creativas, de una manera tan particularmente desastrosa como nunca antes experimenté.

Desde hace varias semanas (siempre que intento escribir poesía) cada pensamiento que tengo, incluso cada sensación, se ha desprendido de alguna costra mía, que empezó a acumularse desde que sentí por primera vez que ignorabas el verdadero contenido de mis últimas cartas, y que finalmente cuajaron en alguna impenetrable sustancia cuando me pediste dar por terminada mi correspondencia contigo sin la más mínima explicación.

Ese tipo de bloqueo, que lo exilia a uno de sí mismo —¿alguna vez lo has experimentado? Me atrevería a decir que sí, por momentos; de ser así, puedes entender el severo daño psicológico que implica al volverse una situación cotidiana y permanente.



¿Cómo te amo? ¡Estos!

(¡Él oye! Voces . . . ¡indeterminadas! Los ve moverse, en grupos de dos y cuatro — filtrarse por entre tantas veredas.

Le pregunté, ¿A qué te dedicas?

Sonrió pacientemente, La típica pregunta estadounidense.

En Europa preguntarían, ¿A qué te estás dedicando? O

¿A qué te estás dedicando ahora?

¿A qué me dedico? Escucho, el agua cae. (Su sonido no está aquí sino en el viento.) Ésta es toda mi ocupación.

No hubo nunca amanecer más bello en sitio alguno que el 2 de mayo de 1880, cuando las Asociaciones Alemanas de Canto de Paterson se reunieron en el Monte Garret, como hicieron muchos años antes el primer domingo de mayo.

Sin embargo la reunión de 1880 resultó ser un día fatal, cuando William Dalzell, dueño de una parcela cercana al lugar de las festividades, le disparó a John Joseph Van Houten. Dalzell argumentaba que en años anteriores los visitantes habían caminado sobre su jardín y este año estaba decidido a impedirles el paso a cualquier parte de sus tierras.

Inmediatamente después del disparo el apacible grupo de cantantes se había convertido en una turba furiosa que tomaría el asunto de Dalzell en sus propias manos. La turba procedió a quemar el granero en el que Dalzell se había refugiado del enojado grupo.

Dalzell disparó desde una ventana del granero contra la turba que se aproximaba y una de las balas impactó a una pequeñita en la mejilla. . . Algunos policías de Paterson se llevaron a Dalzell fuera del granero [hacia] la casa de John Ferguson a unas 110 yardas de distancia.

La multitud ahora sumaba cerca de diez mil,

“una gran bestia”

porque muchos habían venido desde la ciudad a unirse al conflicto. El caso parecía grave, ya que la policía era, por mucho, superada en número. Entonces la multitud intentó quemar la casa de Ferguson y Dalzell fue a la de John McGuckin. Mientras estaba en esa casa sucedió que el Sargento John McBride sugirió que tal vez sería bueno mandar por William McNulty, Deán de la Iglesia Católica de Saint Joseph.

De inmediato el Deán preparó un plan. Llegó a la escena en un coche. Tomó a Dalzell del brazo a plena vista de la furiosa turba, condujo al hombre al coche y sentándolo a su lado ordenó al conductor proseguir. La multitud dudó perpleja ante la valentía del Deán y

Signos por todas partes de aves que anidan, mientras
por el aire, lento, un cuervo zigzaguea
con alas pesadas ante los piquetes de avispa
de pequeñas aves que acorralándolo
caen en picada para apuñalar sus ojos

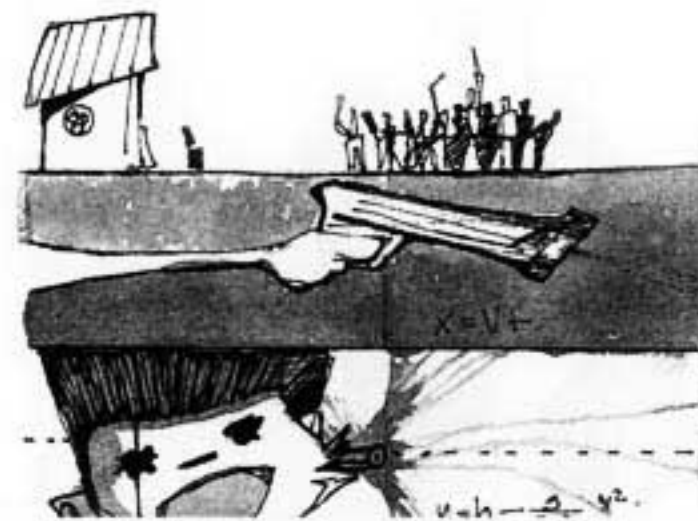
Caminando —

deja el camino, encuentra el campo
difícil de andar, rastrojos y matas de zarza espinosa
parecen pastura —pero no hay pastura
—viejos surcos, para decir que la labor sudó
o había sudado aquí

consumida.

La hierba afilada

una llama,





¡Cuando! delante de su pie, casi tropezando,
al escoger una ruta, se levanta .

¡un vuelo de alas púrpura!

—creadas invisiblemente (su
cubierta gris polvo) del polvo encendido
en un repentino ardor

Alzan el vuelo, ¡cantando!

y acabado su impulso se zambullen
de nuevo entre las matas ásperas y desaparecen
—pero se van, encienden la mente, un resplandor de alas
y una canción de trinos .

Y un chapulín rojo basalto, largo como una bota
cae desde el centro de su mente
un monte de casajo se desintegra bajo
un aguacero tropical

¡Chapultepec! ¡cerro del chapulín!

—una piedra opaca cuidadosamente instruida
para llevarse algo del rumor
de la presencia viva que la precedió.
ha precedido hasta su aliento .

Estas alas no se extienden para el vuelo—
¡no hace falta!
el peso (para la mano) encuentra
un contrapeso o contra-boya
por las alas de la mente

¡Tiene miedo! ¿Entonces qué?

A sus pies, a cada paso, el vuelo
se renueva. Explosión de alas, un rápido
trinar :

acompañantes a la ceremonia del amor

—arde al volar
arde sólo al volar—

¡No carne sino caricia!

Lo llevan alas que anuncian.

Si esa situación contigo (tu indiferencia hacia esas cartas en particular y tu nota final después) estuvo relacionada con la inevitable *lacrimae rerum* (como fue, por ejemplo, mi experiencia con Z.) su resultado podría no haber sido (como sí ha sido) destruir ante mí la validez de mí misma, porque en ese caso nada que tuviera que hacer con mi sentido de identidad personal hubiera sido lastimado — la causa de la frustración personal en tales casos no existe en uno mismo ni en otra persona sino simplemente en el despreciable designio de las cosas. Pero como tu indiferencia hacia esas cartas no fue “natural” en ese sentido (o más bien como estoy forzada a considerarlo no natural, psicológicamente, para sentir eso que te escribí al respecto era suficientemente trivial, irrelevante y absurdo para merecer tu evasión) no podía sino seguirse que ese lado entero de la vida conectado con esas cartas, tomara en consecuencia para mí misma ese mismo tipo de irrealidad e inaccesibilidad que las vidas interiores de otras personas a menudo tienen para nosotros.

—su mente una piedra roja tallada para ser
vuelo sin fin
Amor que es piedra por siempre en vuelo
tanto como dure la piedra
al golpe del cincel

 y perdida está y cubierta
por ceniza, cae desde una orilla socavada
y — ¡comienza a cantar!
Y ASÍ HACE, ¡la piedra después de la vida!

La piedra vive, la carne muere
—no sabemos nada de la muerte

—largo como una bota
ojos de ventana que enmarcan la cabeza entera
 ¡Piedra roja! como si



una luz aún los abrazara

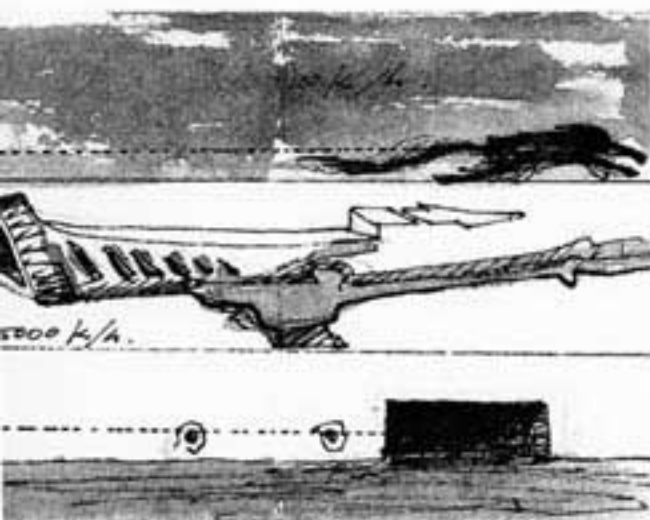
Amor

combate el sueño

el sueño

en pedazos

Poco después de media noche, el 20 agosto de 1878, el oficial especial Goodridge, al encontrarse frente a la Casa Franklin, escuchó un extraño chillido, cerca de la calle Ellison. Al correr para ver lo que pasaba, se encontró con un gato acorralado bajo el nivel del drenaje en la ferretería Clark de la esquina, enfrentando a un extraño animal negro muy pequeño para ser gato y demasiado grande para rata. El oficial corrió hacia el lugar y el animal se metió bajo la reja de la ventana del sótano, de la cual frecuentemente asomaba la cabeza rápido como relámpago. El Sr. Goodridge le dio varios golpes con su garrote pero era incapaz de pegarle. Entonces el oficial Keyes llegó y tan pronto como lo vio, dijo que se trataba de un visón, lo que confirmó la teoría que el Sr. Goodridge ya se había formulado. Ambos trataron durante un rato de golpearlo con sus garrotes pero no pudieron, hasta que por fin el oficial Goodridge sacó su pistola y disparó al animal. El tiro evidentemente erró su objetivo, pero el ruido y la pólvora asustaron tanto al pequeño bromista que saltó a la calle y se dirigió hacia la calle Ellison en asombrosa marcha, seguido de cerca por los dos oficiales. El visón finalmente desapareció bajo la ventana del sótano de una tienda de abarrotes debajo de la cervecería Spangermacher, y fue la última vez que se le vio. El sótano fue examinado de nuevo en la mañana, pero no se descubrió nada más del pequeño animalejo que había causado tanta diversión.



Sin invención nada está bien esparcido,
 a menos que la mente cambie, y las estrellas
 sean medidas de nuevo, de acuerdo a sus posiciones
 relativas, la línea no cambiará, la necesidad no
 ha de matricularse: si no hay
 una mente nueva no habrá una línea nueva, la vieja
 habrá de repetirse con términos
 recurrentes: sin invención
 nada descansa bajo el arbusto del hamamelis,
 no crece el aliso entre las lomas que rodean el
 canal casi agotado de la vieja enramada,
 las pequeñas huellas
 de los ratones bajo los racimos colgantes de hierba
 no aparecerán: sin invención la línea
 nunca más tomará sus antiguas

divisiones cuando la palabra, ágil,
vivía en ella, ahora reducida a cal.

Bajo los arbustos descansan protegidos
del sol hiriente—

II en punto

Parecen hablar

—un parque, dedicado al placer : dedicado a los . . . ¡chapulines!

3 muchachas de color, ¡en edad! se pasean

—su color flagrante,

sus voces errantes

sus risas salvajes, flagelantes, disociadas
de la imagen fija . . .

Pero la muchacha blanca, su cabeza
sobre un brazo, una colilla entre sus dedos
descansa bajo el arbusto . . .

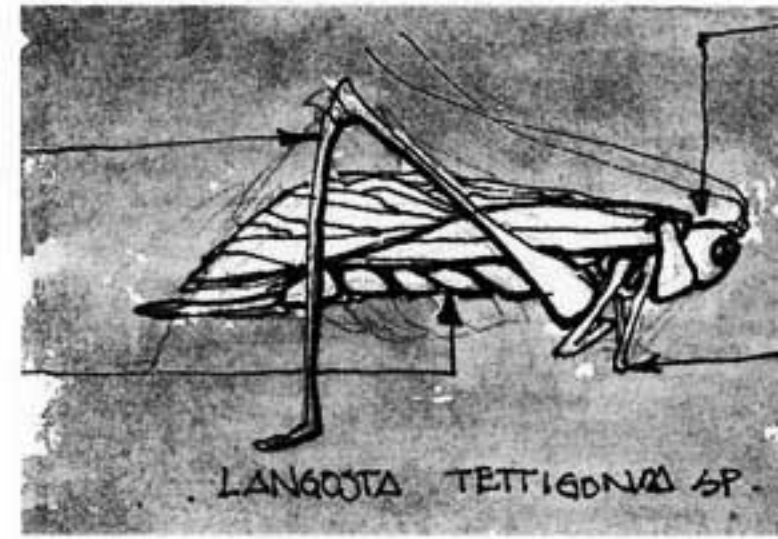
Casi desnudo, frente a ella, una visera
sobre sus ojos,
él habla con ella

—la carcacha medio
escondida entre los árboles—
Me compré un nuevo traje de baño, sólo

short y brasiere . . . :
los pechos y
las partes pudendas cubiertas — bajo

el sol en franca vulgaridad.
Mentes reducidas
por el desperdicio — entre

las clases trabajadoras ALGÚN tipo
de agotamiento
ha ocurrido. Medio despiertos



tendidos sobre la sábana
cara a cara,
manchados por las sombras de las hojas

que los cubren, sin molestias,
al menos aquí sin oposición
No indignos.

hablando, flagrantes más allá de toda habla
en perfecta mansedumbre—
Y habiéndose bañado

y comido (algunos
sandwiches)
sus lamentables pensamientos se encuentran

en la carne — ¡rodeados
de amores que cantan! Alas alegres
para llevarlos (en sueños)

—sus pensamientos descenden,
lejos
entre la hierba

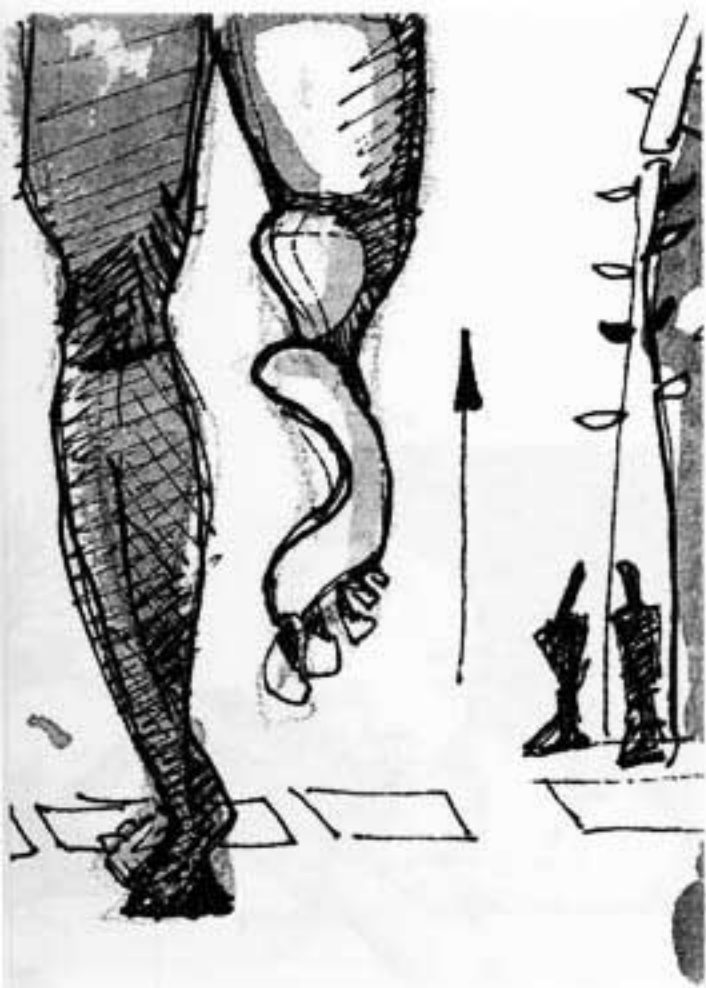
Caminando —

sobre la vieja enramada — una onda seca en la tierra
aunque señalada todavía por la hilera de alisos indios

ellos (los indios) andaban
de un lado a otro, ocultos, entre ellos a lo largo de la corriente,

salían dando gritos entre la cabaña
¡y los hombres que trabajaban el campo, los interceptaban!
ellos habiendo dejado sus armas en el fuerte
y—sin defensa—se los llevaban al
cautiverio. Un hombre viejo

¡Olvídalo! por amor de Dios, deja
esas cosas.



Caminando —

retoma el sendero y ve en una
loma sin árboles—cortado por el sendero rojo—
un muro de piedra, una especie de reducto circular
contra el cielo, árido,
desocupado. Subir. ¿Por qué no?
Una ardilla,
con la cola erguida, se escabulle entre las piedras.

(Así la mente crece, escalando cumbres de pedernal)

pero al apoyarse en su zancada
al ver la cabeza de una flecha de pedernal

(no lo es)
—allá

a la distancia, hacia el norte, se le aparecen
los cerros crónicos

Bueno, así son.

Se para en seco

¿Quién está aquí?

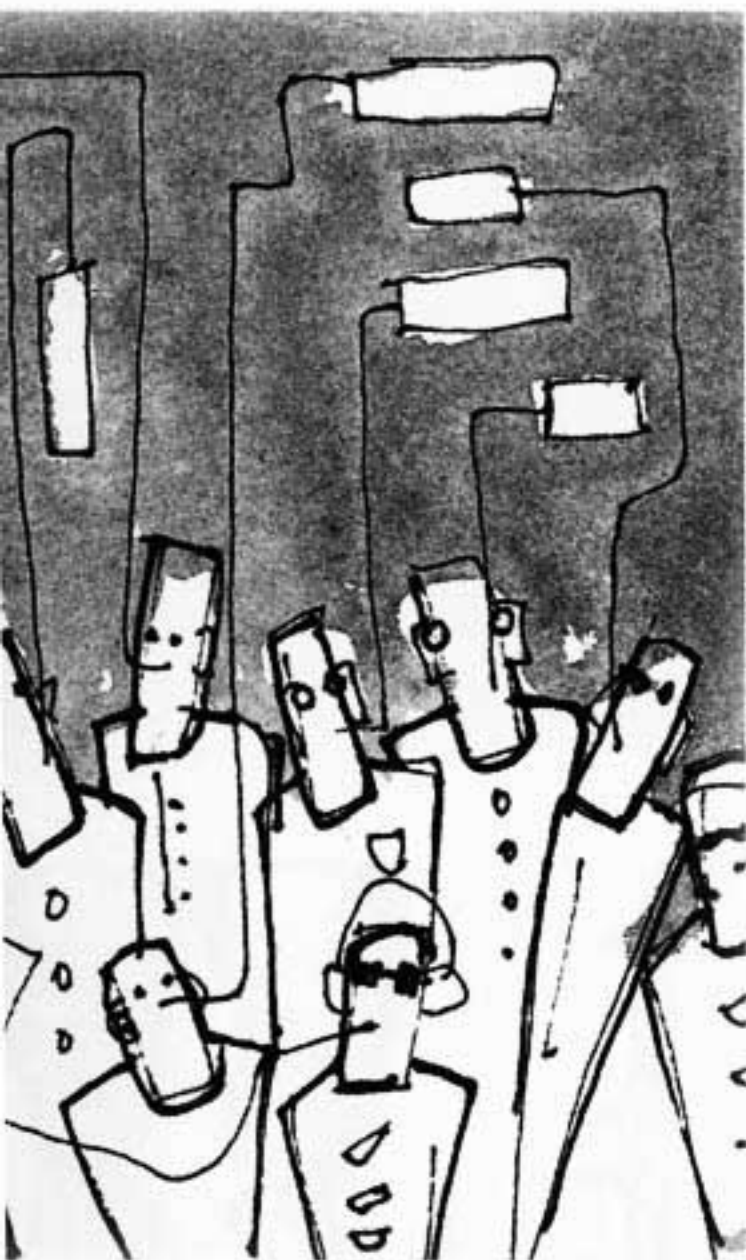
A una banca de piedra, a la que ella
está sujeta, adentro del muro, un hombre en *tweeds*—una pipa engarzada
a la mandíbula—peina una perra Collie recién bañada. Las peinadas divi-
den cuidadosas el largo pelo—incluso le peina el rostro, aunque sus patas
tiemblan ligeramente—hasta que le cae como lo planeó, como rizados en la
arena blanca, dejando ir un olor a perro limpio. El piso, losas de piedra,
parada pacientemente ante sus caricias en esa vacía “cámara marina”.

a la derecha
desde esta perspectiva, la torre de observación
se levanta a media distancia, prominente,
desde su arboleda pública

QUERIDO B. Por favor discúlpame por no haberte dicho esto cuando pasé por tu casa. No tenía el
valor para contestar tus preguntas, así que te las escribiré. Tu perra sí va a tener cachorritos,
aunque recé para que estuviera bien. No fue por dejarla sola, como nunca lo estuvo, sino que
yo la dejaba salir a la hora de cenar mientras colgaba mi ropa. En esa ocasión, fue un jueves,
mi suegra tenía fuera algunas sábanas y manteles al final del tendedero. Yo pensaba que los



perros no vendrían mientras estuviera yo ahí y ninguno atravesó mi patio ni se acercó al apartamento. Él tuvo que venir por entre tu seto y la casa. A cada momento corría al final del tendedero o echaba una mirada bajo las sábanas para ver si Musty estaba bien. Lo estaba hasta que miré un minuto tarde. Agarré palos y piedras tras el perro pero no se largaba. George me dijo de todo y yo empecé a rezar para que el susto que le di al otro perro fuera suficiente para que nada pasara. Sé que estarás maldiciéndome como un desgraciado y probablemente no volverás a dirigirme la palabra por no habértelo dicho. No creas que no me he preocupado por Musty. La tengo en mi mente todos los días desde aquel lamentable suceso. Ahora no me tendrás en tan alta estima ni me querrás proteger. De hecho apuesto que podrías matar...



Y aún vienen los excursionistas, ahora que comienza la tarde, y se esparcen entre los árboles sobre los campos cercados

¡Voces!
múltiples, inarticuladas . . . voces que
retumban ruidosas al sol, a las
nubes. ¡Voces!
asaltan el aire alegremente por todos lados

—entre ellas el oído se esfuerza por atrapar
el movimiento de una voz entre las otras
—una voz aflautada

de acento peculiar

De esta manera ella encuentra la paz que hay, se reclina,
ante su acercamiento, acariciada
por los pies que escalan—por placer

Todo es por
placer . . . sus pies . . . sin rumbo
vagando

La “gran bestia” sale al sol
como puede
. . . sus sueños se mezclan
distantes

¡Seamos Razonables!

Domingo en el parque,
delimitado por la escarpada, hacia el este; al

oeste colinda con el viejo camino: ¡recreación
con un paisaje! los binoculares encadenados
a postes anclados a lo largo del muro este—
más allá, un halcón

¡levanta el vuelo!

—una trompeta suena irregularmente.

Párate en la muralla (usa un metrónomo
si tu oído es deficiente, uno hecho en Hungría
si prefieres)
y mira hacia el norte por el este donde las agujas de las iglesias
aun gastan su agudeza contra
el cielo . . . hacia el parque de béisbol
en la cañada con sus diminutas formas corriendo
—más allá de la quebrada donde el río
se precipita en el estrecho barranco, sin ser visto

—y la imaginación levanta el vuelo, mientras una voz
llama, una voz estruendosa, interminable
—como el sueño: la voz
que ineludiblemente les ha llamado

¡ese rugido impasible!

iglesias y fábricas

(a un precio)

juntos, llamados a salir del pozo . . .

—su voz, una entre muchas (no oída)
moviéndose bajo todas.

La montaña tiembla

¡Tiempo! ¡Cuenta! ¡Rompe y marca el tiempo!

Y así en la tarde que comienza, de un
lugar a otro se mueve,
su voz se mezcla con otras
—la voz en su voz
abriendo su vieja garganta, hinchando sus labios
encendiendo su mente (más
de lo que su mente encenderá)



El presidente

Óscar Garduño Nájera

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Acuarelas de Mario Maldonado, ENAP



Ya le digo, señor presidente, ese Benito es todo un traidor a la patria. De un tiempo a esta parte viene desprestigiando a su gobierno. Hasta la gente del comité se le quiere echar encima. A mí me da pena: no sea que usted vaya a desconfiar de mí y vaya a pensar que soy un soplón. No en vano vengo a prevenirle antes de que llegue al pueblo. Seguro que se le aparece. Para mí que está coludido con los del otro partido.

No, ni se preocupe: yo soy una tumba... Mire: pico de cera. Ahora que no me va a decir que la Amelia no está buena. ¿A poco no? Ni se preocupe, yo no digo nada en lo que toca al Severino, ¿se acuerda? ¿A mí qué me importa! Bueno, también depende de cómo se ponga usted de generoso, ¿no? ¿Ah, que mi presidente! Qué calladito se lo tenía, qué calladito...

El automóvil se estacionó frente a la tienda de la Josefa. Descendieron dos tipos malencarados que portaban pistolas en la cintura. Observaron a todas partes, como si buscaran algo. Uno de ellos, el más fornido, abrió la puerta de atrás y apareció, fumando un puro, con lentes oscuros y sombrero texano, el distinguido presidente municipal: Emiliano Angulo Martínez. Dio las gracias torcidas y caminó hasta llegar al portón del palacio de gobierno. No muy lejos de ahí, en las bancas del jardín de la iglesia, Ignacio platicaba con Benito mientras comían unas paletas de limón:

—Que no te vengan con cuentos, Benito, todos nos vamos a ir al carajo. En serio: nadie se va a salvar. Tu mujer, tus hijos, tus padres, tu perro, tu gato,

tu canario, tu vaca coja. No hay vuelta de hoja en el destino que el señor de arriba ya trazó. Mira: a todos los del mentado partido les ha de ir por igual.

Benito peló los ojos:

—¿Por igual?

—¡Pues claro! —dio la última chupada y arrojó el palito a un árbol donde se encontraba jugando un niño. ¡El partido! Ni te digo que ayer fui a ver al nuevo presidente municipal.

—¿Adónde?

—Al pueblo donde están las oficinas centrales del partido. ¡Vas a creer que ni me quiso recibir! Que muy ocupado, sí como no. ¿Recuerdas que hace dos años bautizó a tu Severino? Chance y ahora que llegue agarramos un puesto. Dicen que es reata con los amigos. Tú las llevas bien con él y no creo que se niegue. ¿Entonces qué? —sacó un cigarro de la bolsa, se limpió el sudor de su frente y se levantó. Te espero a las cinco de la tarde en la pulquería de don Max... ¡Me cae que sí le sacamos algo!

Un comité de bienvenida esperaba impaciente la llegada del presidente municipal.

Don Felipe, responsable del comité, intentó alargar el corto saludo del presidente:

—¡Buenas tardes, señor presidente!

El presidente respondió al mismo tiempo que acomodaba el ala izquierda de su sombrero.

—Buenas...

—Le parece bien si...

Llegó hasta el pie de las escaleras de mármol blanco, observó el busto en memoria de Benito Juárez, esbozó una pequeña sonrisa y suspiró. Repentinamente recordó las palabras de Ignacio, pensó en su compadre, él sería incapaz de hacer algo así... *Pero y si... Mejor no pensar en esas chingaderas.*

Al entrar a la oficina se fijó que todo siguiera en su lugar. Enderezó la fotografía de su madre y se sentó sobre una silla de cuero café. Don Felipe volvió a preguntar:

—¿Se le ofrece algo, señor presidente?

—¡Que se vayan a la chingada! —respondió mientras acariciaba, en uno de los cajones del escritorio, una botella de mezcal Cienfuegos.



Se desabotonó la camisa y comenzó a beber. *¿Será cierto? Pinche compadre, carajo. ¿Y la Amelia? ¿Sabrá todo?* Tres tragos bastaron para que recuperara, después de escribir una carta que guardó en la bolsa trasera de su pantalón, la tranquilidad. Sintió el reposo del mezcal en su garganta. A lo lejos se escuchó el ruido de la cortina de la tienda de la Josefa; había cerrado ya. Consumió la última gota. *¡Yo sí le rompo la madre!* Recargó su cabeza en el respaldo, bostezó, cerró los ojos y...

—¿Se puede? ¿Compadre?

—¡No les dije que se fueran a la...! ¿Compadre?

Bajo la luz tenue de una lámpara, con las piernas abiertas y borracho, el presidente municipal subía con dificultad su bragueta después de orinar. Volvió a encender su puro.

Benito contemplaba, sentado a la orilla de la banqueta, en espera de que el presidente municipal acabase, el apacible caminar de tres burros que aparecieron repentinamente por entre los matorrales. Tras de los burros, sin hacer mayor ruido, unos ojos acechaban misteriosamente.

Eran nada más ellos. Ajenos a los problemas del pueblo, que si la parroquia de San Fernando, que si la boda de la Juliana, que si los nuevos postes del



telégrafo... Al dar vuelta en la esquina Benito recordó que su amigo lo estaba esperando en la pulquería de don Max. Se sintió mal: Ignacio era uno de sus mejores amigos. Pero ya era demasiado tarde. Además, *con lo borrachos que venimos no alcanzamos a llegar*, pensó.

La luz se volvió un relámpago cuando Benito sintió el golpe de un palo grueso en la cabeza. Todo se oscureció, rodó dos metros, quizás más, miró cómo todo le daba vueltas y sólo atinó a gritar el nombre de su compadre con la desesperación de quien se siente perdido. Antes de cerrar para siempre los ojos, alcanzó a ver entre una espesa niebla que poco a poco descomponía su vista, la figura de su compadre abrazando a otro que en mucho se parecía a Ignacio. *Pero si Ignacio me espera en la pulquería*, fue su último pensamiento.

Acto seguido, rodó por la barranca del Chivito.

Cuando doña Amelia recibió la carta, de manos del mismo niño del árbol, dejó libre al canario, vendió la vaca coja, regaló el perro a su vecina y corrió a patadas al gato. No hizo ninguna mueca, no pudo ni llorar. Cogió a sus hijos, los envolvió en un rebozo, le pidió un préstamo a la Josefa y abandonó el pueblo para encontrarse, dos meses más tarde, con el presidente municipal, que había solicitado su renuncia por motivos de salud no sin antes dejar un recomendado ante la junta de gobierno.

El pueblo estrenó presidente. Se respiraba un ambiente de alegría. Ya nadie preguntaba por Benito: dicen que envió una carta a su esposa donde le avisaba que, de buenas a primeras, se largaba a los Estados Unidos con una prostituta de la pulquería de don Max. En tanto, Ignacio aparecía por todas partes, sonriente y peinado de raya en medio, complaciente con los niños, regalando paletas de limón, saludando a las viejecitas de las bancas de la iglesia, atendiendo a los saludos de don Felipe que, moviendo con emoción su mano, gritaba por las calles vivas y fiestas en honor al nuevo presidente municipal. **P**

Palabras dispersas

Luis Paniagua Hernández

FACULTAD DE ARQUITECTURA, UNAM

Dibujos de David Becerra, Tec de Monterrey,
Campus Ciudad de México

Sueño perpetuo

Para Octavio Paz

Cae un fruto

De la rama del árbol mayor

Es tu sueño

Éste a su vez

Gotea sueños que caen

A los árboles

dormidos.

Inmenso

El delirio se proyecta en tu frente.

Trozo terráqueo

Arrancado al páramo consciente

De los ojos

abiertos.

Estéril plaza que incuba la fertilidad.

Tu mirada anda de lado a lado

Entre los bosques



Ónix

Obsidiana

Jade

Infinita turquesa.

Los dioses tejen frazadas

Para abrigar la mirada de tu sueño.

Boca abajo

Las piedras

Oyen que vas y vienes

Preñando sombras

Amando con la lengua

Preñando sombras con tu baba:

(Hun-hunapú

Vena que aflora del silencio

Y sangra la materia que lo conforma

Boca que ha engullido al mundo

Al tiempo

Otro tiempo

Y ahora lo espeta

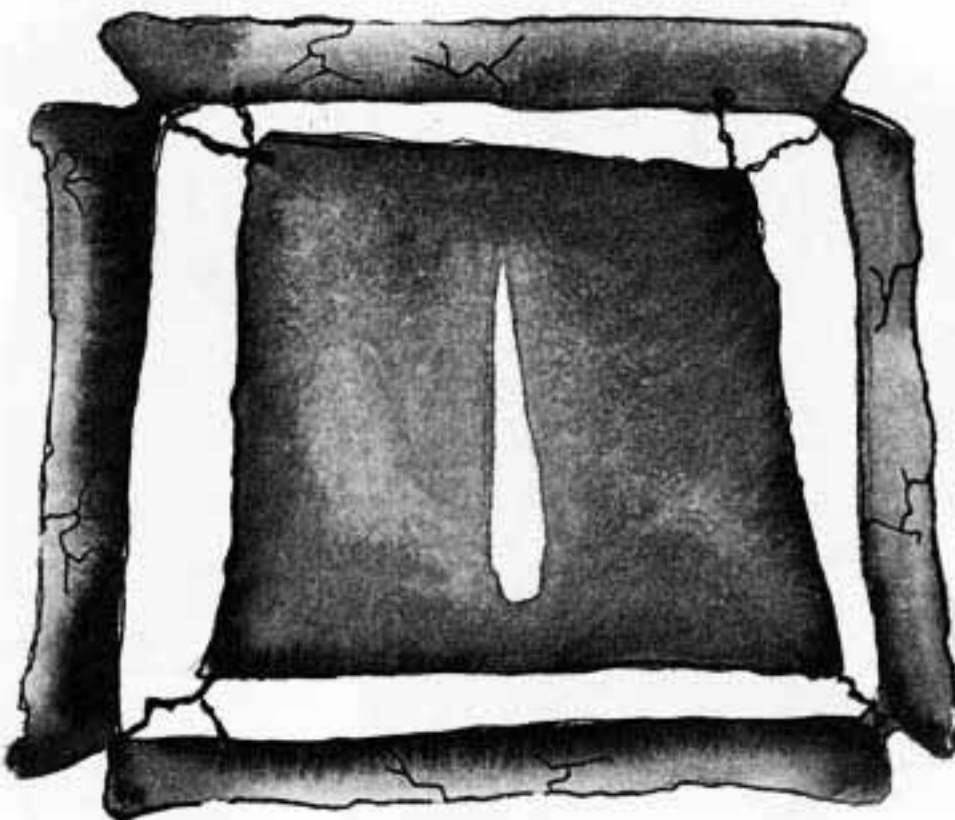
Lo eructa

Lo derrocha).

Indescifrables noches

Convergen en la marea

Del pensamiento

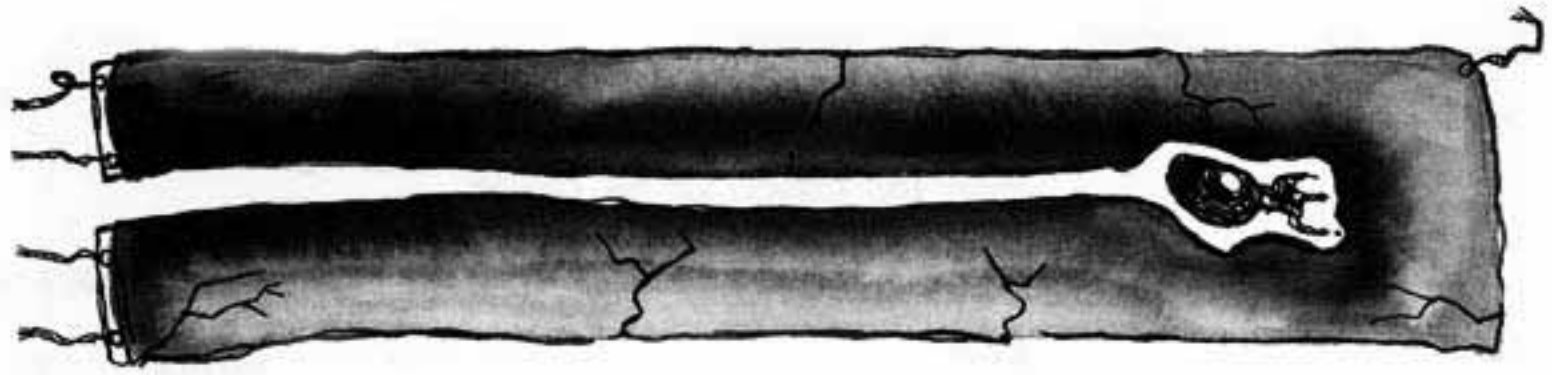


Cae un fruto
De la rama del árbol mayor

Es tu mirada
Que termina en sueño

Es tu sueño
Que no termina
De soñarse

De soñarnos



Parque

Para W.R. y M.M.

Pesa la memoria.

Gotean los días pasados
De una herida a punto de cerrarse
Pero no sana

Es un parque
Es un mediodía
El invierno recorre las calles circundantes
Moja como un oleaje
Los litorales del recuerdo

Es este mismo sitio

Quince años atrás:

Vestías la tarde

Como un atuendo de plumas

Flotabas

Entre las ramas de los sauces

Y el tiempo

Como un hormiguero

Hervía

Son las cinco de la tarde

El sol asoma apenas sus intenciones

Hay una mujer cubierta por mis labios

Digo su nombre

Y está a dos pasos de tocarme

Digo música

Y una parvada dibuja signos en el cielo

Digo silencio

Todo se detiene

La mujer duerme

Sueña con pájaros

Que atraviesan los muros de la tarde

Luego sueña el mar

Yo escribo encaramado en una barca

Cruzo su sueño

Galerías reminiscentes

Que se quiebran al sonido mínimo

Túneles oscuros
Que ilumino con mi tea de soles

Escribo sueño
Y pasan por mi frente
Los párpados del mundo
Cerrados para sí
Y es todavía la tarde
Y todo está en calma

Hay de repente

Las cosas de este mundo

Dormidas

Se sueñan a sí mismas

Si las toco

Despiertan

Hablan por el tacto

Se mueven pero no las vemos

Porque aún no abrimos los ojos

Todo está quieto

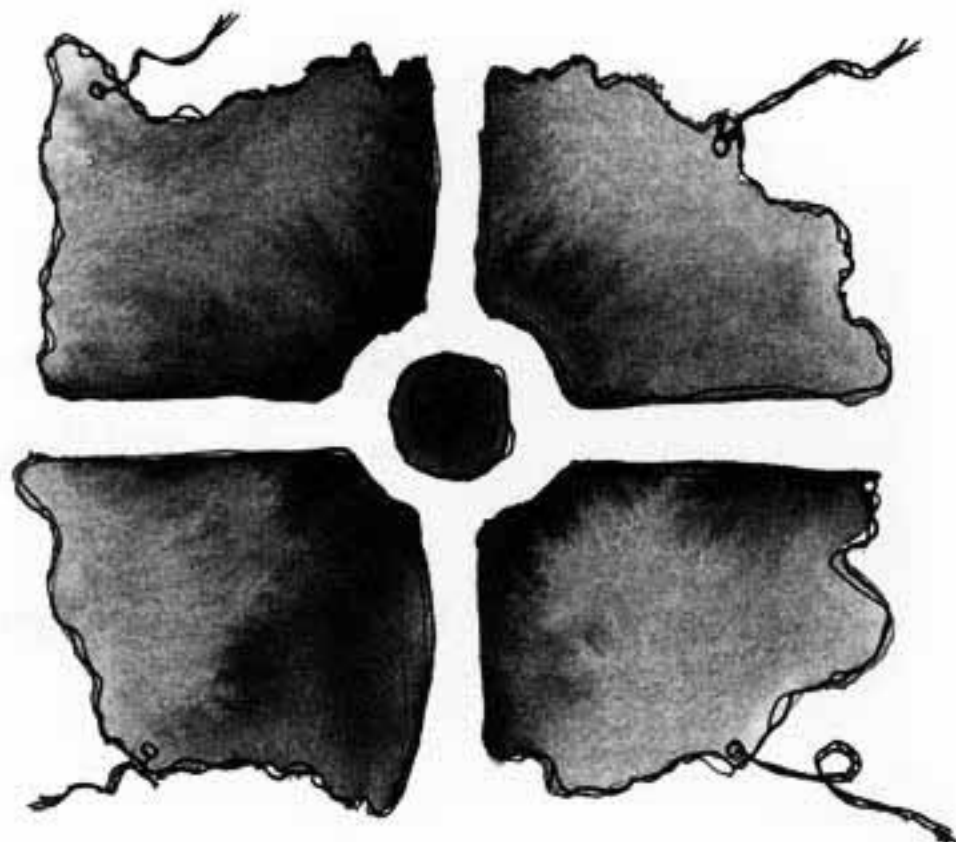
El silencio pasa su mano insomne

Por el lomo del día

(Perro furibundo que sólo el amo aplaca
que sólo el amo aprecia)

Canta su canción el silencio

Y enmudece todo



El follaje de los árboles

Cae

Como una mirada

Sobre quien habla

Golpean las puertas del mundo

Sus verdes nudillos.

Se abren éstas:

El tiempo está dormido

Sin conciencia

Existe

En otro sitio

No en este

Se abren las puertas:

Todo se mueve

Hay una danza monocorde

Los objetos

Sin nombre

Son

Se tocan

Se miran

Se penetran

Todo se mueve

Todo hace ruido

Pero es aquí

Del otro lado del umbral

Del umbral que está en este sitio
 Que es todos los lugares
 Todas las cosas

Sincrónico

El festín

El aquelarre

Se expande

En el principio

Una mujer me abrió

Las puertas del mundo

Y se han ido cerrando

Poco a poco

Sólo de vez en vez

Por las rendijas

(El poema)

Lo miramos

Ahora

Que todo está quieto

Desde hace siglos

O sólo dos minutos

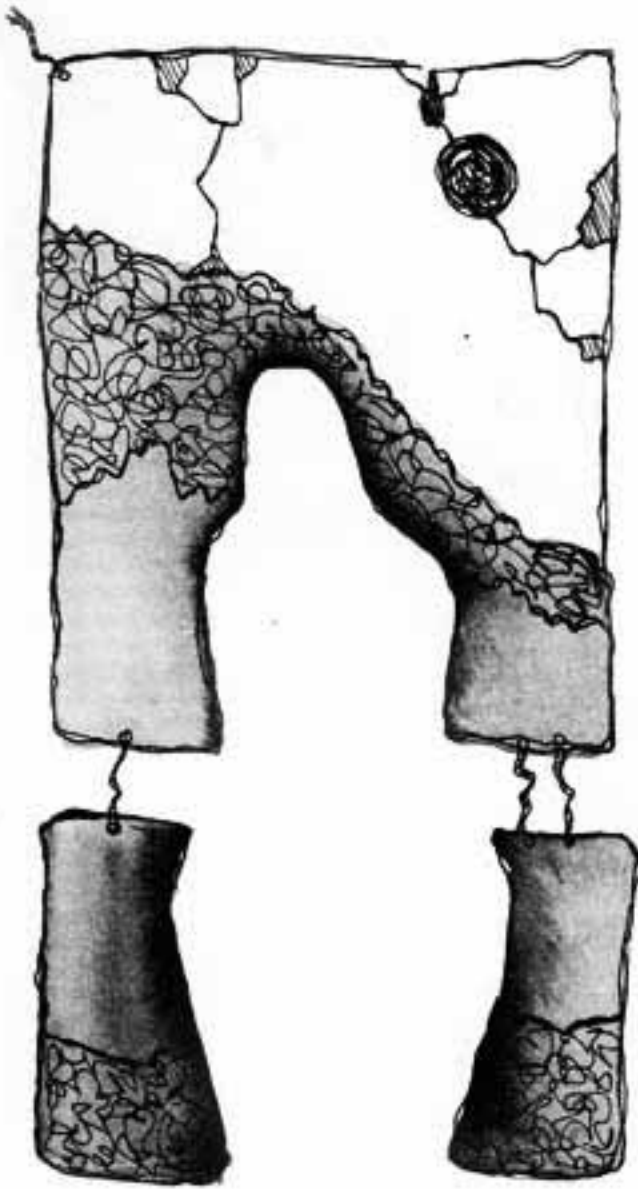
Una mujer me abre las puertas

Del mundo

Todo se transfigura

Se transforma

Se transfuga



Viene de nuevo el golpe

Del oleaje

De las horas

Estoy ciego

Las cosas se cierran tras de mí

Se mueve el poema

Es tiempo regresa

Mastica con sus dientes infectos

La existencia del todoquesomundo

Estoy ciego y veo

Las cosas inmóviles

Sus nombres me pesan

Como el letargo de estar vivo.

El azar es lo único que conservamos

De aquella casa real

Es el parque

Yo estoy sentado

En medio de la noche

Serpentea la nostalgia

De las cosas perdidas

Prendo un cigarro

Lo fumo con la calma

Que las horas han dibujado en mi cuaderno

Expulso el humo

Como quien ignora que existe la muerte

En la oscuridad

Avanzan las murmuraciones

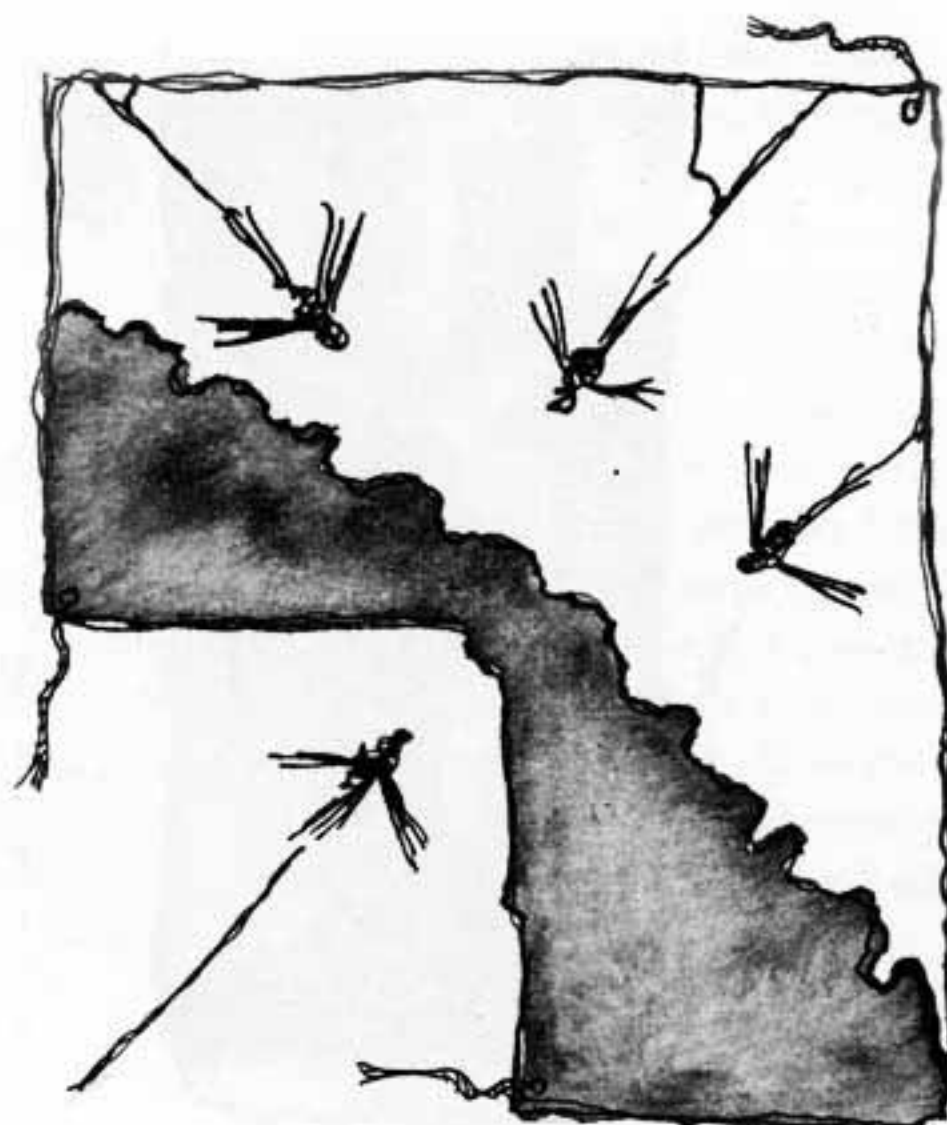
De los grillos

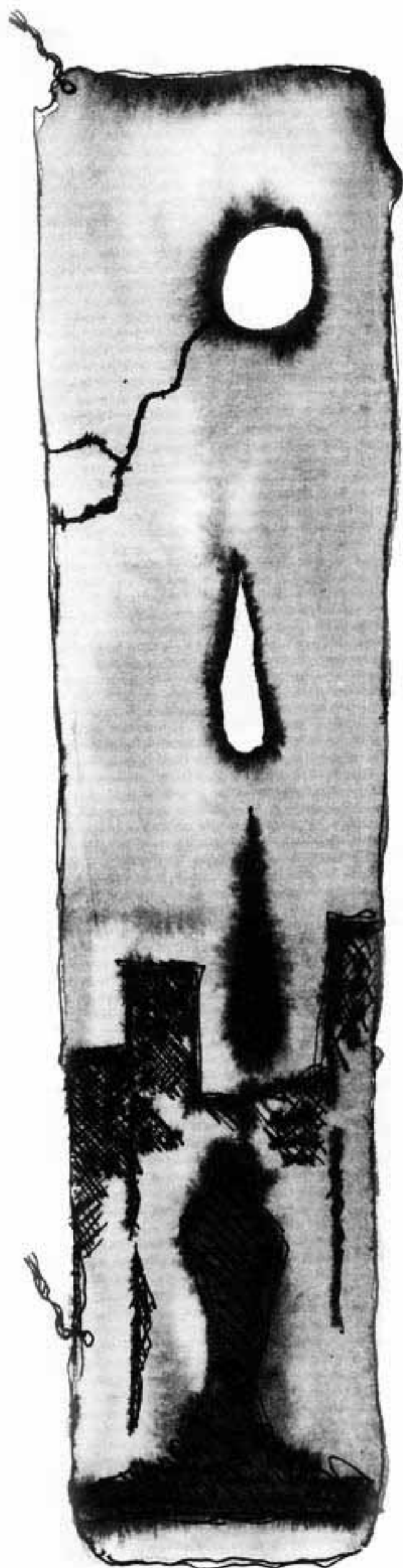
Recordatorio para un breve final

La tarde deja caer sobre los árboles
 Una sentencia de pájaros.
 Hablar para olvidar que estamos vivos,
 Para no pensar que la tarde
 Trama su venganza para el día siguiente.

Mis pensamientos recorren el día
 Como una marejada,
 El olvido es este tranvía
 Que pasa en otro tiempo.
 El sol se deja resbalar por los recuerdos.
 Una golondrina que pasa volando
 Sobre el oleaje bruñido de los autos
 Es esta mirada.

Una mano se alarga
 Y me coge del brazo:
 El pasado.





Esta ciudad de pasos inconclusos,
De historias a medio escribir:
Cierra sus puertas al día.

El fin del mundo es este
Atardecer tan cotidiano,
El desastre es el mismo siempre
(agua astral
que gotea sobre los sueños
de los hombres),
Este silencio de los hombres,
Este murmullo de las bestias mecánicas.

El lomo cobrizo de la tarde,
La desintegración de la palabra del día,
El asombro vedado de la vida,
La noche que se descuelga
De las paredes de la noche
Como un contraveneno
Para el veneno del día.

Porque callando
El mundo deja desbocado su tacto,
Porque en silencio
La noche llega más despacio:
Porque soy hombre:
Miro
Hablo.

Fin

Roque Azcuaga Varela

CENTRO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS CINEMATOGRAFICOS, UNAM

El cuchillo dio dos pequeños rebotes en la alfombra y brincó hasta su mano, cerrando los dedos lo atrapó en el aire. De regreso rumbo al cuello, el cuchillo, recogía la sangre que había manchado las paredes de la sala y cerró de tajo la herida que cruzaba su garganta. Un par de pupilas se dilataron. El eco desfragmentaba poco a poco los gritos que habían inundado la casa, parecían 39 gotas de agua que se unían como un chorro entrando por la boca hasta su tráquea. Y todo quedó en silencio. Un pequeño temblor en la pierna izquierda y dio un paso para atrás. De un manotazo abrió otra vez las pesadas cortinas, y la oscuridad de la habitación fue succionada con fuerza por la luz de la ventana. Caminando por la sala recogía las sillas que antes había pateado. Entró a la cocina y colocó con fuerza el cuchillo sobre la mesa, se puso su chamarra, y poniendo llaves salió de la casa, haciendo todo de contrario.

La puerta lo escupió hacia la calle. Y ahí estaba la misma ciudad temblorosa y hambrienta. Y él tenía que vivirla en viceversa. Cerró los ojos apretándolos. Y dijo: —Mierda. ●

Dibujo de David Becerra, Tec de Monterrey, Campus Ciudad de México

Muñecas

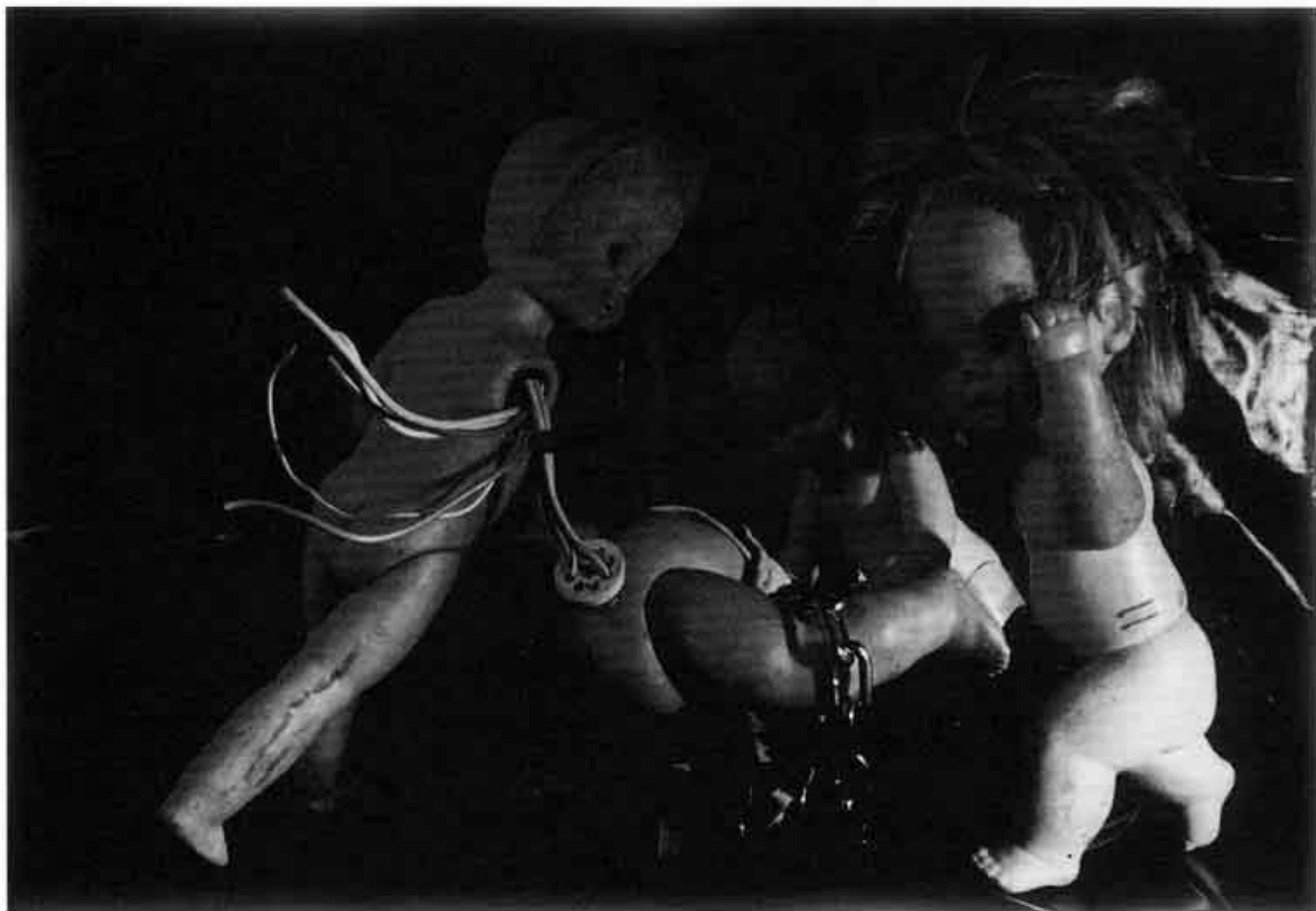
Cecilia Mar

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM





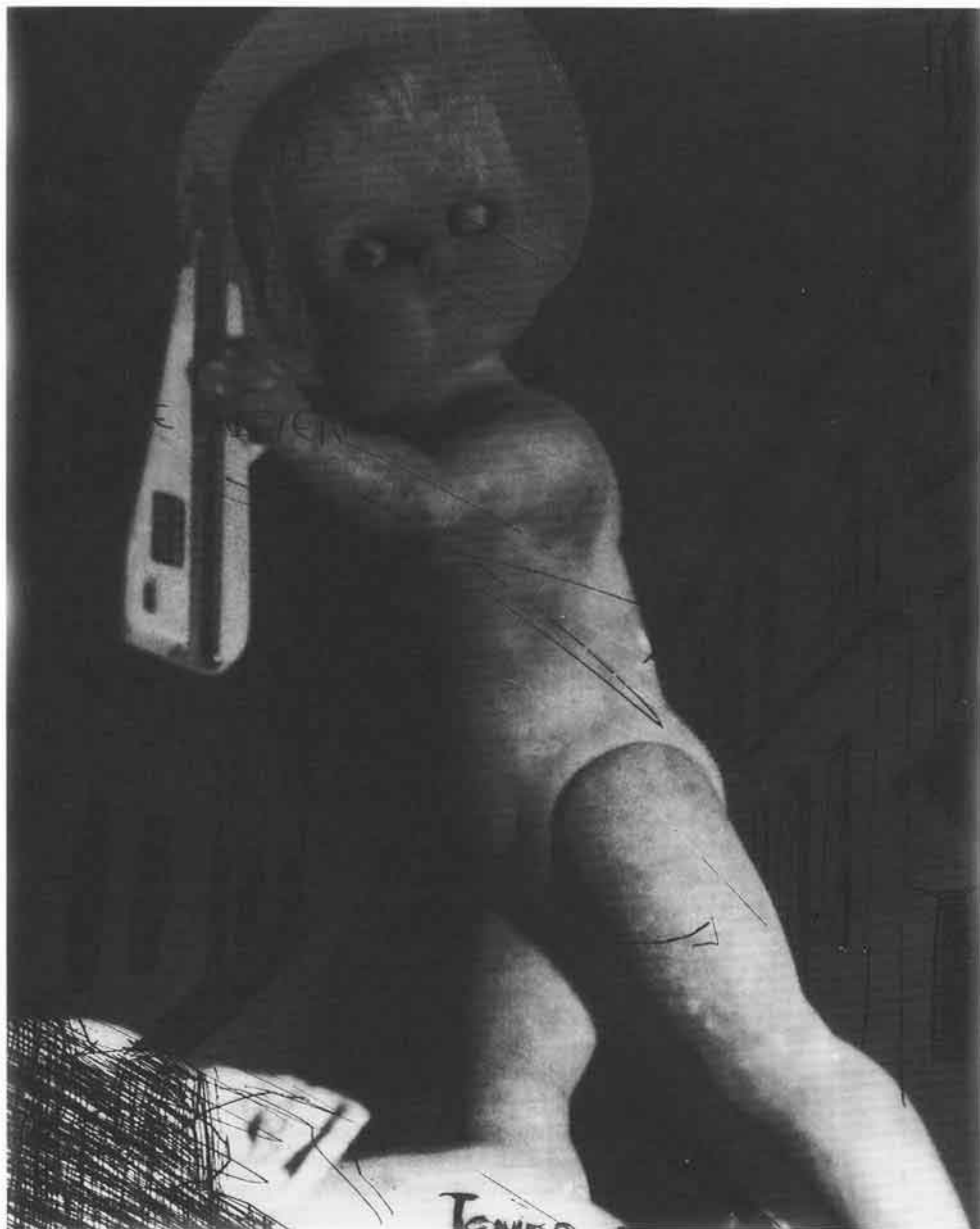






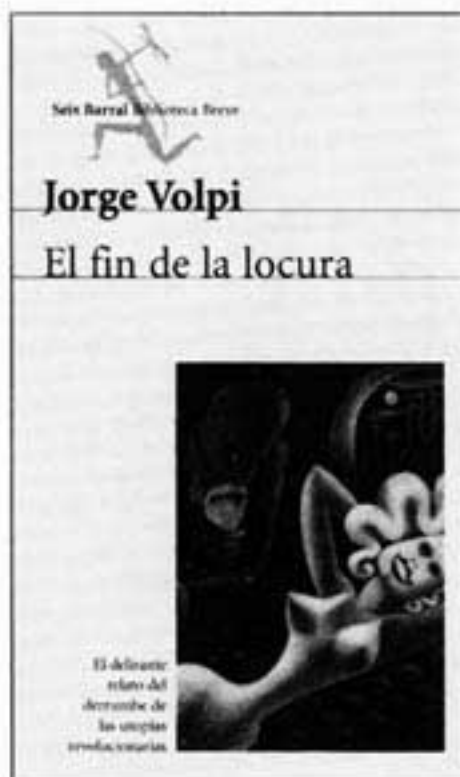






El fin de la locura o la destrucción consciente de los discursos paradigmáticos

Édgar Mora Bautista



Jorge Volpi

El fin de la locura

Seix Barral, Barcelona, 2003, 468 pp.

*La amistad y el amor son las creaciones más frágiles.
Ambas representan la misma demencia: creer que las personas
pueden llegar a conocerse.
Jorge Volpi, *El fin de la locura**

Jorge Volpi se viene perfilando, de un tiempo a esta parte, como uno de los escritores que parecen haber encontrado la fórmula para convertirse en un escritor profesional consistente y exitoso. Atrás quedaron los tiempos del Centro Universitario México, durante sus años de preparatoria, en los que germinó en él la idea de convertirse en escritor. A pesar de nunca obtener el primer premio en aquellos concursos estudiantiles (superado muchas veces por su compañero en esa asociación bautizada como el *crack*: Ignacio Padilla), su idea acerca de la literatura siempre ha sido consistente con las obras que ha dado a luz.

En este año llega a las librerías *El fin de la locura*, novela en la que el ahora agregado cultural de México en Francia aprovecha el auge obtenido y el prestigio que le redituó ganar el Premio Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral en 1999. En ella, el autor se explaya nuevamente en esa búsqueda de renovación de las posibilidades de la mezcla de discursos (hibridez, dirán algunos posmodernos) que atañen a campos de conocimiento distintos. Si ya en *En busca de Klingsor* había ensayado con la ilusión literaria de estar creando una novela con la estructura de un tratado de física teórica y en *Días de ira* le otorgaba a las partes de su novela una división paralela a la de la misa católica, en *El fin de la locura* se atreve a convertir la trama en una especie de ensayo filosófico-psicológico-militante que se edifica alrededor de la reconstrucción de episodios biográficos de autores canónicos franceses de la segunda mitad del siglo XX y de una reconstrucción histórica de la historia reciente de nuestro país.

Es así como por sus páginas se mueven las figuras imponentes (e impotentes en muchos casos) de pensadores como Jacques Lacan, Louis Althusser, Roland Barthes y Michel Foucault. La crónica de la rebelión del París de 1968 se une repentinamente y sin aviso previo a la descripción crítica y la duda acerca de la pertinencia de la idea de utopía que pertenece más a una mente de finales de siglo que a un militante de la ilusión del triunfo revolucionario. No es gratuito entonces que Eloy Urroz califique en su ensayo *La silenciosa herejía: forma y contrautopía en las novelas de Jorge Volpi*¹, a la producción del autor como una manera de ir en contra de los discursos que con la propuesta y el proyecto de mostrar una realidad posible, basen sus argumentos en una imposición autoritaria de la ideología que profesan.

Esa deconstrucción de los discursos paradigmáticos se va a mezclar también con la fabulación acerca de personajes históricos que se suponían intocables o, al menos, figuras a las que no se podía tocar impunemente. Así el autor relata sesiones de psicoanálisis de Fidel Castro, descripciones de actos multitudinarios y privados de Salvador Allende y entrevistas secretas y anecdóticas con Carlos Salinas de Gortari y uno de sus némesis, el Subcomandante Marcos. El protagonista de la historia, el psicoanalista Aníbal Quevedo, transita entre estos personajes como un ser privilegiado por la historia, pero al mismo tiempo condenado a no pertenecer a ella.

Este personaje, Aníbal, se va a convertir en el *alter ego* literario de Volpi. A través de él, el autor saldrá cuentas con muchos de sus detractores, entre los que sobresale la figura de Christopher Domínguez Michael, uno de los críticos más ácidos del movimiento *crack*, al hacer una reconstrucción ficticia de la forma en la que fueron recibidos sus propios libros, tratándolos paralelamente con las obras producidas por Quevedo, que eran calificadas por un crítico en particular (Juan Pérez Avella) como “los peores libros del año”. En ese sentido, el manejo que el autor hace del humor se convertirá en una de las marcas que ya estaba presente desde obras anteriores como *El juego del Apocalipsis* y *La paz*

¹Editorial Aldus, México, 2000.

de los sepulcros. La parodia de las reacciones del mundo cultural mexicano en relación a su producción literaria le dará a la novela un aire irónico del que no se desprenderá nunca a lo largo del relato.

Esa capacidad para el autoescarnio, sin embargo, tiene sus aristas al presentarse como una revancha en contra de las críticas más frecuentes que se le han hecho al autor. Comentarios sarcásticos que pretenden burlarse de los reclamos de que, por ejemplo, los personajes de sus novelas no sean mexicanos o que la acción no se desarrolle en México. Uno de los párrafos del libro es, en este sentido, bastante ejemplificador:

—El gran problema de este libro es que la mayor parte de la acción se desarrolla en París —me sanciona Josefa—. ¿Sabes cuántas novelas latinoamericanas se sitúan en esta ciudad? Centenares, Aníbal, centenares...

—¿Y qué quieres que haga, Josefa? ¿Qué me vaya a vivir a Varsovia o a Bogotá para no incomodar a los críticos? ¿No te parece una concesión suficiente el que yo sea mexicano? (p. 305)

Así es como, a través de más de cuatro décadas, la vida de Aníbal Quevedo transcurre de manera vertiginosa entre varios países, continentes, figurones intelectuales y amores dolorosos e imposibles. A pesar de dejar en claro que la novela intenta transigir con la idea de utopía y de que la lucha por los ideales se vuelve una misión, si no imposible sí vacía de significado en un mundo en el que la imagen de futuro cada vez se ha reducido más hasta casi desaparecer, el libro termina planteando aún la posibilidad de existir insistiendo en esta forma de vida. Dice Claire, el amor eterno de Aníbal: “Siempre me mantengo en pie de guerra. Y nunca transijo. Lo siento Aníbal: a diferencia de ti, yo no pienso renunciar a la locura”.

Al final queda la esperanza. Al final de la trama. Después, Volpi no resiste terminar su novela con un guiño humorístico al presentar una bibliografía que es una broma bastante sofisticada: al lado de libros seminales del pensamiento del siglo XX se alinean fichas de libros inexistentes. Como reza la advertencia al inicio de la novela: “Ésta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con la realidad es culpa de esta última”. La realidad sobrepasada por una obra que seguirá cosechando detractores para su autor pero también lectores para su causa. Historia, humor, reconstrucción biográfica, burla de sí mismo y del sistema político, visita a la miseria y las rebeliones indígenas, filósofos franceses e intelectuales mexicanos: un cóctel que merece ser leído con atención y, en la misma medida, disfrutado página a página. ●

1.- Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, escritos en computadora o máquina de escribir, a doble espacio. En el caso de viñetas y fotografías, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, rubro en el que concursa, título del trabajo, escuela, número de cuenta, copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y, si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

Crónica: de cinco a quince cuartillas.

Cuento: de cinco a quince cuartillas.

Cuento breve: dos cuartillas como máximo.

Ensayo: de cinco a quince cuartillas.

Fotografía: una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro.

Fragmento de novela: de diez a veinte cuartillas.

Poesía: de cinco a quince cuartillas.

Teatro: treinta cuartillas como máximo.

Traducción literaria (francés/español o inglés/español): de cinco a diez cuartillas. Deberá anexarse copia del texto en la lengua original.

Viñeta: una serie temática de cinco a diez originales en formato 1/2 carta a una tinta, en cualquiera de las siguientes técnicas: grafito, carboncillo, lápiz de cera, tinta china o acuarela.

4.- Ningún trabajo será devuelto.

5.- La fecha límite de entrega es el viernes 30 de enero de 2004. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasellos postal. *No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del 12 de diciembre de 2003 al 4 de enero de 2004).*

6.- El premio para cada uno de los géneros consiste en \$ 3,500.00 (TRES MIL QUINIENTOS PESOS M.N.), la publicación del trabajo ganador en la revista *Punto de partida*, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

7.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada género. Éstas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura.

8.- El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

9.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en los medios de comunicación.

10.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura.

Entrega de trabajos en
Revista *Punto de partida*
Dirección de Literatura
Coordinación de Difusión Cultural
UNAM, Zona administrativa exterior,
edificio C, primer piso
(frente al Museo de las Ciencias
Universum),
Insurgentes sur 3000, Coyoacán,
Ciudad Universitaria, 04510 México,
Distrito Federal.
Informes en el teléfono: 5622-62-01
o en cestrada@correo.unam.mx



P